

Las Oraciones de Pablo en la Cárcel

--- W. William Scroggie

"Este es un librito sin pretensiones, que ha sido escrito con la esperanza de que las cuatro oraciones de Pablo en la cárcel, aunque tratadas aquí de modo inadecuado, puedan ser contestadas abundantemente en la experiencia del lector. Deseo que todos nos sintamos estimulados a realizar un estudio más profundo y pleno de estas nobles e inesperadas plegarias.

Que la divina sabiduría, conocimiento, amor y poder puedan ser la creciente porción de todos los que invocamos su Nombre." --- W. GRAHAM SCROGGIE (Nacido en 1877, fue pastor de diversas iglesias importantes en Inglaterra, incluyendo el famoso Tabernáculo de Spurgeon en Londres. Autor de más de 30 libros, viajó por distintos países dando conferencias, y sus escritos se han traducido a diversos idiomas).

-
- **Capítulo 1: Oración Pidiendo Amor Discerniente**
 - **Capítulo 2: Oración Pidiendo Iluminación En La Conducta**
 - **Capítulo 3: Oración Pidiendo Iluminación Espiritual**
 - **Capítulo 4: Oración Pidiendo La Plenitud Divina**
-

Capítulo 1

ORACION PIDIENDO AMOR DISCERNIENTE

Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento perfecto y en todo discernimiento,

Para que sepáis aquilatar las cosas más importantes, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo,

Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

Filipenses 1:9-11

ES importante ver la relación de los versículos de esta oración con lo que precede inmediatamente. En los versículos 3 al 7, pensando en los convertidos de Filipos, el apóstol les ha alabado por su progreso. Luego, de repente, escribe esta oración pidiendo su

perfeccionamiento, en los versículos 9 al 11, y los dos párrafos están unidos por el versículo 8, en que la esperanza confiada y la plegaria ansiosa se unen en un anhelo humano por ellos, el día de Cristo, que es la meta de su expectación, es también el término de su intercesión; sus esperanzas no serán finalmente cumplidas hasta entonces, ni sus temores serán por fin suprimidos. No puede haber descanso les dice, en lo ya alcanzado. Nuestra prosperidad ha de ser medida, no ya por el punto que hemos alcanzado, sino por el hecho y medida del progreso que estamos haciendo. “Di a los hijos de Israel que sigan adelante.” Hay la posibilidad de hacerlo; hay necesidad de hacerlo; somos llamados a hacerlo; y hay bendición haciéndolo. Exhibiendo el tacto por el que dice que ora, Pablo da gracias primero y suplica luego. Primero, anima a sus convertidos, y luego intercede por ellos. La misma oportunidad para la alabanza hace necesaria la oración, a menos que estemos tan ocupados con lo actual que perdamos la visión de lo posible. Hemos de recordar lo poco hecho y lo mucho que queda por hacer; lo poco alcanzado y lo mucho que queda por alcanzar. El apóstol nos pone delante, como ideal, un carácter perfecto, y a fin de conseguir una aproximación más cercana siempre al mismo, nos revela el principio regulador en el corazón. Este principio es el amor. «Pido en oración que vuestro amor abunde.» En esta palabra se nos da la nota clave de la oración. Este amor no es mero deseo, sentimiento o emoción, sino la proyección de la naturaleza entera en servicio de autosacrificio. Es la simpatía del corazón, y la devoción de la vida a su objeto, y como tal, es la prueba suprema de la realidad de nuestra profesión cristiana. El amor que se posee ha de ser expresado, no sólo hacia Dios, sino también hacia los hombres, y es por éstos que el apóstol está aquí orando.

Considerando, pues, que la posesión y exhibición de amor discerniente es el tema de esta oración, observamos que, para su realización, se despliega primero el proceso de su perfeccionamiento; luego, el propósito de su perfeccionamiento; y finalmente se revela el poder de su perfeccionamiento. Amparados por estas simples divisiones, la oración nos abrirá sus tesoros. La analizaremos frase tras frase, y en tanto que podamos, palabra tras palabra; sacando inspiraciones de la exposición; y, no olvidemos nunca, que la inspiración que no descansa en la exposición, más tarde o más temprana, perderá su valor. Necesitamos un terreno firme verdaderamente, para la emoción cristiana, pues de lo contrario tenderá a desaparecer. Así que consideremos estas partes de la oración.

Ante todo

I. SE PRESENTA EL PROCESO NECESARIO PARA EL PERFECCIONAMIENTO DEL AMOR

«Y ruego que vuestro amor pueda abundar más y más en conocimiento y en todo discernimiento para que podáis poner a prueba las cosas que son distintas.» Aquí tenemos tres distintos movimientos de pensamiento, poniéndonos delante, primero, el aumento; segundo, el enriquecimiento; y, finalmente, el empleo del amor.

El aumento del amor (primera parte del v. 9). «Y esto pido en oración que vuestro amor abunde más y más.» La idea de *Plenitud* se presenta al instante en la palabra «abunde». Con sus equivalentes, ocurre en el Nuevo Testamento unas noventa veces; y, distinguiéndolo de la idea de suficiencia, implica: *rebosante, sin medida, bastante y de sobra*. De aquí esta importante afirmación de 2.ª Corintios 9: 8 «Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda

gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra.» En este pasaje la suficiencia es plenitud para nosotros mismos; pero la abundancia es rebosamiento, exceso para otros; y los otros son benditos de modo verdadero y permanente sólo cuando nosotros rebotamos. Pablo disfruta con la idea de crecimiento y rebosamiento espiritual, y desea esto, de modo especial, con respecto al amor.

Pero además, hay aquí la idea de *Progreso*. «Más y más.» Aquí hay un reconocimiento generoso del ejercicio del amor por parte de estos filipenses. Pero hay también una indicación de su deficiencia. Había malentendidos en la Iglesia, que resultaban en falta de unidad; y este hecho subraya mucho de lo que el apóstol dice, hasta que habla claramente de ello en el capítulo 4, versículo 2. Agradecido por la medida de gracia que ya poseen, desea que puedan poseer más y más. El bien presente siempre debe ser el principio de algo mejor.

Hay más, en esta frase tan llena de ideas; hay todavía la de *Persistencia*: no sólo de plenitud y progreso. Los tiempos verbales usados indican que el proceso es continuo. El crecimiento, del cual el Nuevo Testamento habla tanto, es la ley de la vida. Por tanto, tiene que haber no sólo avance, sino también desarrollo, y un desarrollo en cada estadio, de día en día. De modo que en el deseo tan rico del apóstol se unen dos ideas: la idea de plenitud y la idea de progreso; plenitud que llena hasta el límite de la capacidad, y movimiento hacia adelante en este estado de plenitud en todo tiempo; estado y crecimiento; abundar y adelantar; llenar hasta el borde y rebosar. «Pido en oración que vuestro amor abunde aún más y más.»

El apóstol nos llama la atención, en segundo lugar, al *Enriquecimiento de amor*, en las palabras: «en conocimiento perfecto y en todo discernimiento». La idea aquí no es que conocimiento y discernimiento son dos esferas en las cuales el amor tiene que aumentar, sino que el aumento del amor tiene que ser por medio de un aumento del conocimiento y el discernimiento. El amor es un don de Dios, pero en su aspecto humano es una gracia que debe basarse en el conocimiento y ser fortalecido por el uso. Si ha de abundar más y más ha de ser alimentado por la verdad y practicado con diligencia. No parece necesario insistir en que el amor podría ser ignorante y necio, Pero el conocimiento corregirá la ignorancia, y el discernimiento corregirá la necedad.

Será bueno que entendamos la naturaleza de las cualidades que se buscan y procuran aquí: el *conocimiento* y el *discernimiento*. Una y otra vez el apóstol hace sonar esta nota del *conocimiento*, por el cual no quiere decir habilidad intelectual, que es totalmente independiente del amor, sino penetración espiritual; no aprehensión teórica de la verdad por medio del intelecto, sino un conocimiento que es a la vez avanzado, exacto, pleno, espiritual y que viene de la experiencia. Es conocimiento espiritual, en parte, por estar unido a nuestra naturaleza y necesidades espirituales, en parte y principalmente, por ser impartido por el Espíritu Santo, por medio de cuya influencia solamente puede ser conocida la verdad, en el pleno y profundo sentido de la palabra. Pero es conocimiento en el sentido estricto de la palabra, porque es impartido y adquirido por medio del entendimiento santificador. En general, no asociamos el amor y el conocimiento. Sin embargo, como Cristo es la sustancia de toda verdad, así como el objeto de todo amor, a medida que le amamos llegamos a conocerle, y a medida que le conocemos le amamos. Es posible que sea necesario que se nos recuerde a veces que nuestra ignorancia no es la marca decisiva de la espiritualidad, y que aunque estos y otros pasajes semejantes no ensalzan los valores intelectuales, sin duda fomentan la actividad de la inteligencia.

La otra cualidad a que se hace referencia es el *discernimiento*, por el cual se indica la *sensibilidad de la percepción* por el ejercicio de la facultad, rapidez y viveza del tacto ético. El amor no ha de ser una emoción sentimental ciega, sino un acto en conjunción con nuestra capacidad o facultad de «juicio» o penetración intelectual práctica. La palabra ocurre sólo aquí en el Nuevo Testamento y significa el «tacto delicado y espontáneo que casi de modo intuitivo percibe lo que es recto y casi espontáneamente esquiva lo que es malo. Nuestro amor debe ser entrenado y capacitado para ser el mismo un sentido espiritual universal, a la vez ojo y oído y mano del corazón, viendo, oyendo y tocando en lo divino, con un sentimiento seguro y delicado que raramente necesite corrección.» Esta facultad, que nosotros ejercemos con respecto a la música y otras artes, encuentra su uso más noble en el reino de lo moral y de lo espiritual. Pero la posesión de esta gracia es el resultado de cultivarlo y usarlo de modo diligente y asiduo; no viene simplemente al azar. Es característico sólo de la madurez; de aquellos que, como dice el escritor de Hebreos, «por razón del hábito tienen los sentidos experimentados para discernir lo bueno de lo malo».

El ejemplo más vívido de amor discerniente en la Biblia lo hallamos en 1 a Corintios 13. Este Himno de Amor es poco menos que una loa de su maravillosa discriminación, y revela los complejos que son los requisitos para su ejercicio. No hay perfección en este mundo que se quede corta en el pleno cumplimiento y realización de la Corintios 13. Y lo múltiple y variado de las exigencias para el ejercicio del discernimiento se refleja en nuestro pasaje en la palabra «todo», que significa toda clase de discernimiento, discernimiento en toda dirección, todo tiempo y todas las cosas.

Estamos ahora en condiciones de comprender la relación de estas cualidades de *conocimiento* y *discernimiento* entre sí. «Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento perfecto y en todo discernimiento.» ¿Por qué une el apóstol estas dos cualidades? Podemos decir que el conocimiento es general, el discernimiento es particular; el conocimiento es inteligente, el discernimiento es intuición; el conocimiento trata de principios, el discernimiento se refiere a aplicaciones. En el conocimiento hay la idea de receptividad, pero en el discernimiento la idea de perceptividad. El conocimiento es la aprehensión de la verdad; el discernimiento es el ejercicio del tacto. El conocimiento hace posible el discernimiento; el discernimiento hace al conocimiento práctico. «Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento perfecto y en todo discernimiento»; y lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

Cuando consideramos la obra de estas cualidades en relación con el amor, vemos al momento que son protectoras y estimulantes. Salvaguardan el amor por un lado y por otro le ayudan. Para conseguir perfección, el amor necesita ser puesto bajo la influencia de la verdad. El amor ignorante puede ser muy cruel, y siempre tiende a ser errático, buscando objetos dignos por medios no dignos. Pero el conocimiento y el discernimiento lo salvaguardan y ayudan, y por medio de ellos el amor puede ser alimentado, regulado y preservado. De esta manera, pues, el amor es a la vez enriquecido y enriquece. Es enriquecido en que se vuelve más inteligente y discerniente; y así, a su vez, enriquece, en que es más potente en su influencia y su operación. El amor, por tanto, ha de ser ampliado, ha de abundar más y más; y, al ser ampliado, ha de ser enriquecido por el conocimiento y el discernimiento. ¿Con miras a qué?

La cláusula siguiente nos dice cuál es el Propósito y uso del amor: «Para que sepáis aquilatar las cosas más importantes.» Esta cláusula se podría traducir: «Para que podáis poner a prueba las cosas que son diferentes.» Como estas ideas están relacionadas de modo vital, suponemos que

hay que incluir a ambas, y combinarlas del siguiente modo: «Para poner a prueba las cosas que son distintas, de modo que podáis aprobar las que son excelentes.» Ni la una ni la otra de estas dos ideas agota el pasaje. La una «aprobar las cosas que son excelentes», resulta de la otra. No hay verdadera *aprobación* si no ha sido precedido por el probar.

Lo que ha precedido es un punto de apoyo para lo que sigue. El crecimiento del amor en conocimiento y discernimiento es con miras a la acción. Y aquí aparecen tres asuntos de inmensa importancia. Hay, primero, un reconocimiento de distinciones, «cosas que son distintas». Haríamos bien poniendo esto en forma de lema o «motto» colgado en nuestra habitación, especialmente el estudio: «Cosas que son distintas.» Es de temer que haya una marcada tendencia en nuestros días a obliterar distinciones, a borrar las líneas de demarcación. Muchos cristianos están viviendo en la frontera de cosas dudosas, tanto en el pensamiento como en la práctica. Hay otros que no reconocen cómo deberían reconocer las claras distinciones que hay presentes por todas partes en el Nuevo Testamento entre bien y mal, recto y torcido, verdad y error, luz y tinieblas, vida y muerte. Estamos sufriendo mucho por una falta de definición. La teología nunca debe ser incolora en interés de la caridad, ni la conducta suelta y dudosa puede ser exonerada con la excusa de la debilidad. Hay cosas que difieren, y es la función del amor bien informado y discriminativo el observarlas.

Pero se puede preguntar: ¿Cómo se llega al reconocimiento de esta distinción? La respuesta es, examinando las cualidades. Hemos de poner a prueba las cosas para formar un juicio en cuanto a su calidad. Las dotes que poseemos en el versículo 9 no son necesarios, en realidad, para discriminar entre lo bueno y lo malo. Podemos hacer esto sin ninguna acuidad de discriminación especial, ni de un conocimiento profundo. Este examen, por tanto, ha de ser de grados diferentes de bondad, grados de valor, sucesivos niveles de mérito espiritual. Es lo bueno que nos priva de lo mejor, muchas veces; y lo simplemente «mejor» nos impide, por desgracia, alcanzar lo mejor de todo. Pero para el ejercicio de esta discriminación, es necesario el entrenamiento, el entrenamiento del amor, no del entendimiento. No soy de los que desprecian el intelecto; me limito a seguir el texto. El amor escuchará con discernimiento la música de la vida; el amor mirará con discernimiento la hermosura de la vida; el amor tocará con discernimiento las cualidades de la vida, a fin de decidir lo que es verdadero, puro, justo y bueno de entre todas las falsificaciones. Este discernimiento es necesario especialmente hoy, cuando hay muchas voces y opiniones que son capaces de distraernos y descarriarnos, y cuando el mismo amor, en proporción a su entusiasmo, puede errar, por desgracia, si se divorcia de las cualidades que regulan y enriquecen: el conocimiento y el discernimiento.

Además, este pasaje nos enseña que este reconocimiento de distinciones, y este examen de cualidades tiene por objeto la aprobación de excelencias. «Para que sepáis aquilatar las cosas más importantes.» El conocimiento y la percepción dirigen la elección. Ninguno de los dos ha de ser meramente especulativo. Hemos de probar, con miras a aprobar; hemos de descubrir el camino mejor a fin de seguirlo. «Y ahora voy a mostraros un camino mejor.» El traer juicio iluminado sobre influencias, opiniones y cursos de conducta, tiene como objetivo propio único el conseguir lo mejor prefiriéndolo a lo bueno y lo óptimo, con preferencia a lo mejor. Cuán triste es que haya la posibilidad de discernir lo mejor y escoger lo peor.

Dios tiene las cosas mejores para aquellos,

Que están dispuestos a someterse a la prueba;

Dios tiene lo restante para aquellos,

Que no creen necesario elegir lo mejor.

Sin duda, lo que queda, lo segundo, es bueno, pero nunca será una compensación por la pérdida de lo óptimo. Aprendamos, pues, a aplicar nuestro amor inteligente y discerniente a toda la economía y orden de la vida, para mostrar en todo momento «la santa astucia del amor iluminado, recibiendo y usando con más cuidado y habilidad las infalibles advertencias del Espíritu Santo, cuyo instrumento elegido y favorito dentro del corazón humano es el amor». Nada, excepto el amor, nos permitirá de un modo verdadero y en todo caso el distinguir las cosas, aunque en la apariencia son semejantes, en lo esencial son distintas. Se ha dicho con verdad que «No hay discriminaciones o determinaciones prácticas que tengan valor a la vista de Dios, excepto si están animadas por el amor, y de modo seguro determinadas por el mismo. Si un cristiano escoge o rechaza algo, pero no lo hace por amor, es posible en realidad que la elección se acertada, pero él está equivocado». «Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, para que sepáis aquilatar las cosas más importantes. Este es el proceso necesario y nos lleva a considerar como

II. SE MANIFIESTA EL MULTIPLE PROPÓSITO DEL PERFECCIONAMIENTO DEL AMOR

«A fin de que seáis sinceros a irreprochables... llenos de frutos de justicia.» El cumplimiento de la cláusula precedente ha de dar como resultado carácter y conducta. Estos ricos dotes tienen como intención un efecto práctico y permanente, y este efecto se ha de ver en varias direcciones. El propósito se refiere a Dios, al hombre y a nosotros.

Consideremos *el propósito hacia Dios*. De un modo sumario es *genuinidad de la conciencia*: «Que seáis sinceros.» Hay mucha diferencia de opinión respecto al origen de esta palabra. Pero hay dos derivaciones sugeridas que son muy atractivas y vale la pena presentarlas. La primera es la sugerencia que «sincero» viene de las palabras latinas que significan «sin» y «cera», y se asocia con una trampa que en otro tiempo los escultores usaban para corregir defectos en las estatuas de mármol que esculpían, llenando las grietas con una cera preparada de modo especial, algo añadido, que el tiempo, el calor y la humedad acababan revelando. Se dice que esto llevó a los que compraban estatuas a poner en los contratos las palabras «*sincera*», esto es, sincera.

La otra sugerencia es la de que la palabra procede de dos palabras griegas que significan «*probados por el sol*», quizás aludiendo al hecho común en los mercados orientales de guardar ciertas mercancías en rincones oscuros de los bazares, para que el cliente no pudiera darse cuenta exacta de lo que estaba guardando.

Cualquiera que sea el origen de la palabra, lo que pudimos entender por «sincero» es bien claro y, como tiene que ver con los motivos, el significado es el dirigirnos hacia Dios en un amor creciente y disciplinado.

Apenas precisa insistir en lo importante que es la necesidad de una tal realidad, la necesidad de ser genuinos y auténticos en nosotros mismos y en otros, en motivo y práctica, en habla y en la prensa, en nuestro hogar y fuera de él, en nuestro propio pecho o en los negocios. Haríamos bien si oráramos ahora y siempre para poder ser así: «A fin de que seáis sinceros.» Cuando la Iglesia de Dios es sincera de un modo transparente, las cosas que pedimos alcanzarán cumplimiento.

En el otro aspecto de la derivación de la palabra, el cristiano debería ser capaz de resistir la prueba de la luz. Su vida debería ser verdadera y transparente, y caracterizada por una sagrada simplicidad. Lo que el sol es en la naturaleza, o sea, el que muestra y descubre, el rostro omnisciente de Dios lo es en la vida religiosa. El ojo de Dios es la prueba final, y deberíamos vivir teniendo esto en cuenta.

Recordemos que la sinceridad puede ser sorprendentemente ignorante, y puede causar mucho daño. Como por ejemplo, la sinceridad de Saulo, que a pesar de todas sus persecuciones podía decir: «He vivido en buena conciencia delante de Dios hasta este día.» La sinceridad cristiana, la sinceridad de que se habla en esta oración no es sin disciplina, sin guía, sino que es el producto de un amor iluminado y discerniente.

Miremos ahora *al propósito: hacia el hombre*. De un modo sumario se trata de ser *consecuente en la conducta*. «Para que seáis... irreprochables.» Esta palabra se encuentra sólo dos veces en el Nuevo Testamento: en Hechos 24:6, con fuerza intransitiva, y una fuerza transitiva en la Corintios 10:32. En nuestro texto puede tener uno y otro significado, y aunque el punto de vista que se toma comúnmente es que, aquí, significa: nunca tropezar en un motivo equivocado, refiriéndonos a la vida interior, consideramos preferible tomar el otro sentido, o sea, que Pablo está orando para que puedan no causar ofensa, para que no sean causa de que otros tropiecen; para que no sean piedras de tropiezo, sino piedras de una pasadera. Estas dos ideas, al fin y al cabo, están íntimamente relacionadas. La una se refiere a una condición interna; la otra a una relación externa. Las dos se hallan en la experiencia real, porque sólo cuando somos rectos por dentro podemos tener una relación genuina con los demás. El cristiano que tropieza es una piedra de tropiezo también. Hemos de esforzarnos, pues, a tener «una conciencia irreprochable hacia Dios y, hacia los hombres». Sin embargo, aunque sea un deber cristiano, es posible que falle en el objetivo u intento. Porque, incluso Cristo, que podía decir: «¿Quién me redarguye de pecado?» tuvo que decir: «Bienaventurados aquellos que no se ofenden en mí.» El deber, por tanto, tiene sus limitaciones necesarias.

¿Cuál es, pues, la relación de estas dos palabras, la una con la otra: «sincero» a «irreprochable»? Aquello por lo que se ora es nuestra perfección, y ésta, naturalmente, tiene dos aspectos: hacia Dios y hacia el hombre; la interna y externa; el carácter por un lado, y la conducta por otro. «Sincero» a «irreprochable», pues, están en esta relación entre sí: son interdependientes. Uno no puede ser irreprochable si no es sincero, y uno no puede estar bien con Dios y estar en falta hacia los hombres. Por tanto, están relacionados de un modo vital, y los dos son el producto de un amor en proceso de ser perfeccionado.

Pero hay, además, el propósito, *hacia uno mismo*. De un modo sumario, esto es, la *plenitud de carácter*. Llenos de frutos de justicia». Todas estas palabras de la cláusula son ricas en sugerencias y enseñanzas. Nótese el producto de la gracia: «Fruto de justicia.» Tanto si consideramos la justicia como el fruto, o el fruto como resultado de la justicia, no afecta a la verdad esencial del pasaje. No hay duda que las dos ideas están presentes. La relación recta entre Dios y el hombre, en la que entramos en el momento de la conversación, bajo la influencia del Espíritu Santo, resulta en una conducta recta, de modo que la justicia es a la vez raíz y fruto, causa y efecto. Como causa, la justicia se refiere al carácter, y como efecto se refiere a la conducta. Luego, obsérvese la otra palabra: «fruto». Hay casi una distinción uniforme en el Nuevo Testamento entre «obras» y «fruto»; aquéllas se refieren al servicio, y el «fruto», al carácter. Por tanto, aquí, el fruto se refiere no a lo que hacemos, sino a lo que somos; no a nuestra

actividad cristiana, sino a nuestra semejanza a Cristo; no a nuestra relación a los hombres, sino a nuestra condición del alma.

¿Qué es, pues, este fruto? Se describe en Gálatas 5:22, 23, y la triple relación que estamos considerando está presente también allí. El fruto es hacia Dios, «amor, gozo, paz». Para el hombre es «fe, mansedumbre, dominio propio». Es de éstos que en Juan 15 se nos manda dar «algo», «más» y «mucho».

Y ¿cuál ha de ser la asombrosa medida de esta gracia? La respuesta es: «*llenos de frutos de justicia*». Esta palabra tiene, a lo largo del Nuevo Testamento, un significado que procede del día de Pentecostés, un significado que nunca debería ser diluido o puesto de lado. Indica la plenitud y riquezas de la experiencia, a la cual, la mayoría, por desgracia somos extraños. No deja lugar para la noción de que sea inevitable que haya algún defecto en nuestra vida religiosa, sino que es una manera de afirmar que no tenemos por qué pecar, y que no deberíamos hacerlo; ni lo haremos si estamos llenos del fruto de la justicia, llenos de gracia, llenos de toda la plenitud de Dios, llenos del Espíritu Santo. Deberíamos llevar esta clase de fruto y llevarlo en abundancia; porque la plenitud del Espíritu de Cristo en el cristiano es sin medida, depende de nuestra capacidad. Bien podemos cantar:

Señor, apenas me doy cuenta

De lo que es este don.

Mas lléname a rebosar,

Ya lo averiguaré al tenerlo.

El propósito de nuestro perfeccionamiento, pues, es triple en su impacto: hacia Dios, genuinidad de conciencia; hacia el hombre, consecuencia en la conducta; hacia uno mismo, plenitud de carácter.

III. SE REVELA EL PODER QUE CAPACITA EL PERFECCIONAMIENTO DEL AMOR

Quedan en este pasaje tres expresiones: «para el día de Jesucristo», «por medio de Jesucristo» y «para Gloria y alabanza de Dios». En la primera: «para el día de Jesucristo», tenemos el motivo que rija una vida así, en el segundo: «por medio de Jesucristo», obtenemos el secreto divino; y en la última: «para gloria y alabanza de Dios», obtenemos el objetivo último. Y así el apóstol ora para que el amor de ellos, y el nuestro, abunde más y más en conocimiento y todo discernimiento, de manera que podamos poner y prueba las cosas que son distintas, con miras a aprobar las que son excelentes, a fin de que podamos ser sinceros, irreprochables hacia los hombres, y en cuanto a nosotros, llevar frutos de justicia en abundancia, viviendo a la luz del retorno seguro de Cristo. No dice que vivimos esta vida con miras a la muerte. La muerte no es una certeza absoluta, pero el segundo advenimiento sí lo es, y a la luz del advenimiento de Cristo hemos de vivir esta vida. Y hemos de vivirla «por medio de Jesucristo», su gran secretor y

hemos de vivirla, primero y último, «para la gloria y alabanza de Dios». Que busquemos y luego recibamos, aquí, ahora y siempre, un bautismo de amor cristiano.

Capítulo 2

ORACION PIDIENDO ILUMINACION DE LA CONDUCTA

Por lo cual, también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del cabal conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual,

Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el pleno conocimiento de Dios;

Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad;

Con gozo, dando gracias al padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz.

Colosenses 1:9-12

En las dos primeras cláusulas de Colosenses 1:9-12 se da un resumen del significado y del propósito de esta oración.

Podría llamarse una «*oración pidiendo la luz divina para que alumbre nuestra conducta*»: un conocimiento de la voluntad de Dios que con miras a tener más luz, en la vida, y una vida vivida en conformidad con esta voluntad, en lo que se refiere al carácter.

El resto de la oración sólo es una clarificación de la segunda cláusula.

La oración, pues, abarca toda la vida del cristiano, y los principales aspectos de la misma, de los cuales podemos hablar COMO EL EQUIPO EXPERIMENTAL, LA EXPERIENCIA PROGRESIVA y LA MÚLTIPLE EXPRESIÓN.

Bajo cada uno de estos pensamientos hay una gran riqueza de verdades incluida. Vamos a considerar, primero,

I. EL EQUIPO FUNDAMENTAL DE LA VIDA CRISTIANA (v. 9)

Pablo ora para que los colosenses puedan ser «lentos del cabal conocimiento de su voluntad en toda sabiduría a inteligencia espiritual». Cada una de las partes de esta declaración está llena de bendiciones.

Notemos primero *la búsqueda de la bendición*. Pablo dice: «No cesamos de orar por vosotros, y de pedir» («desear», en algunas versiones). La «oración» es general; y el «deseo» es particular. Oramos porque deseamos, y es esta expresión de un deseo que da su carácter definido a la oración, ya que: «Todo cuanto *rogáis y pedís*, creed que lo estáis recibiendo, y lo tendréis» (Marcos 9:24).

La búsqueda de esta bendición y de toda bendición, pues, debería ser *en oración*, porque hemos de orar, y debería ser *particular*, porque hemos de desear, y debería ser *persistente, también*, porque no liemos de cesar en el ejercicio de las dos.

La oración apunta a la actitud y al acto; el deseo da su carácter concreto al ejercicio; y la *perseverancia* en los dos es estimulada por los logros pasados y la necesidad presente.

Consideremos, pues, *la naturaleza de la bendición*. Se habla de ser «lentos del cabal conocimiento de su voluntad», en lo cual se unen tres pensamientos:

Primero hay el pensamiento de *la revelación*, indicado por las palabras «su voluntad» .

En términos amplios, esto indica, sin duda, todo el consejo de Dios que nos es dado a conocer por Cristo.

De un modo específico, a la luz del contexto, tiene que significar su voluntad para la conducta de nuestras vidas (v. 10): el aspecto moral de esta voluntad en cuanto nos afecta de modo individual.

«La voluntad de Dios» es uno de los pensamientos más grandes que podemos contemplar, y es esencialmente el tema de toda revelación, sea como su voluntad predestinadora (Efesios 1:5), sea su voluntad prescriptiva (Efesios 1:9), sea su voluntad providencial (Romanos 1: 10), revelada, por una parte, en las Escrituras y, por otra, en Jesucristo.

Hay, además, el pensamiento de *aprehensión*. *El* conocimiento de que habla Pablo en sus oraciones en la cárcel no es intelectual, sino espiritual; no es teórico, sino experimental; no es la conformidad de la mente a la verdad, sino la regencia de la verdad en el corazón.

Es el conocimiento de Dios en Cristo. Y hay que observar que es por el conocimiento de la voluntad de Dios en Cristo que se ora aquí. Aunque es importante el estudio de su esencia, sus atributos y sus consejos, hemos de recordar que el cristianismo no es un sistema para la especulación, sino para la regulación de la vida, y por tanto, lo principal en él es un conocimiento empírico o práctico de la voluntad divina.

Veremos dentro de un momento cómo se aplica este conocimiento. Entretanto, aprendamos qué es «el fundamento de todo el carácter y conducta cristianos basado en el conocimiento de la voluntad de Dios».

Una vez más, hay aquí el pensamiento de «*estar lleno*», o «*plenitud*». Podemos y debemos estar «LLENOS» del conocimiento de la voluntad de Dios.

Visto así, el conocimiento es la *sustancia* de la plenitud; pero más aún, en este conocimiento somos completados y esta idea apunta a la medida de nuestra *aprehensión* de su voluntad.

Este deseo, si es práctico, debe sin duda delimitar el conocimiento de la voluntad de Dios para cada uno, con respecto a nuestra santificación humana, un conocimiento en el cual podemos ser relativamente «completo», mientras que la plenitud total de un conocimiento de los aspectos más amplios de su voluntad, como es «todo el conocimiento del consejo en Cristo», esto no es posible para nosotros.

Esta idea de «plenitud» es característica de Pablo y se presenta con frecuencia en estas epístolas de la prisión.

Esta es, pues, la bendición en cuanto a su naturaleza, el que podamos ser lleno del conocimiento de la voluntad de Dios. Esta voluntad debe ser conocida antes de que pueda ser hecha; pero, una vez conocida, debe ser hecha, y «el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre».

Vamos ahora a dirigir nuestra atención a la *adquisición de la bendición*. Esta ha de ser «en toda sabiduría a inteligencia espiritual». Si en la frase anterior se nos pone delante un objeto deseable, en ésta se nos revelan *los medios* para conseguirlo.

El conocimiento divino debe ser traído a la esfera de las facultades humanas si ha de tener algún valor práctico.

Y así, con referencia a nuestra *aprehensión* de la voluntad de Dios para nosotros se introducen aquí las ideas de: *manera*, características y cumplimiento o acabado.

La manera de nuestra adquisición de este conocimiento ha de ser en «sabiduría a inteligencia».

No recibimos iluminación divina aparte de nuestras facultades, que son los medios de nuestra *aprehensión*, y los instrumentos de operación. El Espíritu emplea estas facultades de que hemos sido dotados, espera que hagamos use de ellas. Pero ¿qué hemos de entender por estos términos, y cómo se relacionan uno y otro? Se puede decir que esta sabiduría es lo más general, y que el entendimiento o inteligencia es más específico: la sabiduría da lugar y efectúa al entendimiento.

Por entendimiento discernimos «las relaciones de las diferentes verdades, la trabazón lógica y consecuencia de los principios de uno», y es por medio de la sabiduría que es la suma de la excelencia mental, que el discernimiento se vuelve práctico.

El entendimiento o inteligencia hace objeto de estudio de todos los aspectos de la divinidad: y por sabiduría se hace aplicación práctica a la vida de todos estos principios que el entendimiento abarca por separado.

Se puede tener conocimiento sin tener sabiduría, entendimiento o comprensión, y entonces es una maldición; pero la recta aprehensión y aplicación del conocimiento espiritual es el secreto de la vida del verdadero cristiano, y una salvaguarda efectiva contra el error.

Hay una gran necesidad en estos días de una comprensión bien ordenada de la verdad cristiana, sin la cual, en tiempos de conflicto mental, hemos de sufrir el riesgo de severas pérdidas. El sentimiento religioso no nos llevará muy lejos. La «fe» es una realidad de la que hemos de tener comprensión, y serle obedientes. El conocimiento debe ser regulado por la sabiduría y la comprensión o entendimiento.

Debe observarse cuál es *la característica de nuestra adquisición* de este conocimiento. Este debe ser definido como «espiritual».

La persona no regenerada posee las facultades de sabiduría y entendimiento. Puede tener un verdadero sistema de ética, y hacer un use excelente de la misma, pero su sabiduría y su entendimiento no son «espiritual».

La característica de estas facultades en ejercicio en el cristiano es que ambas son inspiradas por el Espíritu Divino, que al hacernos conocer la voluntad de Dios nos hace posible discernir su verdadero significado para nosotros, y luego, hacer la aplicación debida en la vida práctica.

De esta manera, la sabiduría del creyente se distingue de «la sabiduría del mundo», «la sabiduría de la carne», «la sabiduría de los hombres» y la sabiduría de este siglo».

Lo completo de nuestra adquisición de este conocimiento se indica por la palabra «todo», con lo cual se indica «toda clase de sabiduría espiritual y entendimiento».

No hemos de sentirnos satisfechos con alguna muestra de «sabiduría y entendimiento», sino que éstos han de ser aplicados en todas las circunstancias, en todas las condiciones y en todo momento, y se han de manifestar ricamente en todos, según el caso lo haga necesario.

Juntando ahora las dos cláusulas vemos que el credo y la conducta, el conocimiento y la acción, la aprehensión y la aplicación están vitalmente relacionados.

El conocimiento de la voluntad divina no lo tenemos por el hecho de poseerlo en sí, sino para que podamos *hacer use* de él con poder en la vida.

El conocimiento es con miras a la acción, y «no hay revelación de Dios que cumpla su propósito si el hombre solamente la ha entendido» «Si *sabéis* estas cosas, bienaventurados sois si *las hacéis*.» Toda doctrina es para ser puesta en práctica. Los principios de la verdad son las leyes de la vida.

El conocimiento que no da forma a la conducta es relativamente inútil, por más sano que sea; y la acción que no brota del conocimiento espiritual no puede ser nunca fructífera espiritualmente. «La moralidad tiene una base que la hace vigorosa y permanente tan sólo cuando descansa sobre el conocimiento de la voluntad de Dios.»

Pero ¿dónde hemos de descubrir esta voluntad? ¿A dónde hemos de dirigirnos para hallar este conocimiento? Sin duda, a las Sagradas Escrituras, en las cuales es expresada claramente su voluntad. La voluntad de Dios se revela en la Palabra de Dios, y para conocerla, el hijo de Dios ha de estudiar esta Palabra, el cual ha de tener una fe simple y fuerte en ella, meditar en ella constantemente y obedecerla con alegría y de modo completo.

Este es, pues, el equipo fundamental de la vida del cristiano. Pero estar equipado quiere decir ser calificado. ¿Para qué se nos imparte el conocimiento de la voluntad de Dios? ¿Y con qué objetivo es recibido?

Esto nos lleva a la segunda parte de la oración, que trata de

II. LA EXPERIENCIA PROGRESIVA DE LA VIDA CRISTIANA (v. 10a)

Hemos de ser «llenos del cabal conocimiento de su voluntad en toda sabiduría a inteligencia espiritual», para que andemos «como es digno del Señor, agradándole en todo».

Considerando el pensamiento principal un momento, tratemos de recordar que la experiencia no es con miras a ser equipados, o sea, al equipo, sino que es el resultado y la expresión del mismo.

Es posible dar a la experiencia un lugar equivocado y un significado completamente falto.

La experiencia no es la piedra de toque de la verdad, sino que la verdad es la piedra de toque de la experiencia.

Si la experiencia fuera, como dicen algunos, la prueba final, entonces todo hombre sería ley para sí mismo. Pero la experiencia cristiana debe salir y debe reposar en la revelación cristiana.

En primer lugar, es el conocimiento que conduce a la acción, y no la acción que produce el conocimiento, aunque, en un sentido muy real, hay aquí una fuerza recíproca. Hemos de ser «llenos del conocimiento de la voluntad de Dios» para que «podamos andar como es digno del Señor».

Toda acción verdadera debe brotar del conocimiento; la conducta digna, de un credo sano; la ética cristiana, de la doctrina cristiana; el hacer bien, del pensar bien; la moralidad, de la teología.

Examinemos ahora los términos de esta cláusula. Con referencia a la experiencia progresiva notemos su energía práctica; su elevado estándar; su objetivo ideal.

Su energía práctica se revela en las palabras: «para que andéis».

La vida del cristiano es descrita por medio de varias actitudes y acciones. Hemos de «permanecer quietos»; «estar firmes»; «correr la carrera»; «andar como es digno»; y cada una de estas ideas tiene su propio valor en el contexto o lugar en que se hallan.

En las epístolas de la cárcel, nuestra vida se caracteriza por un «andar en buenas obras», «andar como es digno de la vocación», «andar en amor», «andar como hijos de luz», «andar como es digno del Señor». Esta metáfora tiene por objeto dar prominencia a varios aspectos importantes de la vocación cristiana. Por ejemplo, el andar implica esfuerzo. No es el aspecto contemplativo, sino el activo de nuestra vida el que se tiene en cuenta aquí; hay un uso de energía; la verdad impulsa a la actividad. El conocimiento divino no deja al hombre estacionario.

El andar implica progreso. No sólo hay movimiento, sino que este movimiento es hacia adelante. Puede haber una gran cantidad de movimientos sin progreso. Por rápido que sea el movimiento, no hay progreso en un movimiento circular. La vida cristiana es esencialmente una vida progresiva.

Además, el andar implica firmeza. Recordemos las palabras «se remontarán en alas de águilas, correrán y no se cansarán, andarán y no se fatigarán».

En cierto sentido, el pensamiento aquí no desciende sino que se levanta: es más difícil correr que volar, más difícil andar que correr (cuanto más lento se avanza más estabilidad se requiere para no caer). El andar implica madurez, persistencia, equilibrio.

Porque esta energía práctica de la vida cristiana es llevada a *un estándar muy elevado*: es un andar «como es digno del Señor».

Esta expresión nos pone delante un estándar de conducta e indica un nivel de vida. Hace sonar la nota clave de nuestra vocación. No es fácil aprehender el significado de esta palabra, y nunca podremos realizar este ideal en nuestro presente estado.

¿Dónde hemos de buscar, pues, el motivo *de una acción tal en la vida*?

El apóstol contesta, en el «Señor», significando a Cristo. Dice, en efecto, que si la vida ha de ser vivida tal como puede y debe ser vivida, el Señor Jesús debe ser el objeto constante de nuestra contemplación. Escribiendo a Timoteo dice: «Recuerda a Jesucristo»; y a los hebreos: «Considera a Jesús.»

Hemos de considerar lo que El es, en sí, el misterio y gloria de su Persona, el mismo Dios, y el Hombre perfecto; y lo que es en la variedad de su Oficio, siendo como es al mismo tiempo

nuestro Salvador, y Sacerdote, Abogado y Rey; y así, cuando le contemplemos obtendremos un motivo digno y sólido para vivir la vida que nos es puesta delante.

Hemos de considerar también lo que El ha hecho por nosotros. Nunca hemos de permitirnos olvidar su profunda humillación, sus tentaciones y sus lágrimas, sus penas y sufrimientos, su muerte expiatoria, su resurrección triunfante, su misterio presente y su promesa inspiradora de que va a regresar al mundo.

Asombrados por todo esto, cuando se nos presente de nuevo ante el alma, diremos con nuevo significado: «Un amor así merece que le ofrezca mi alma, mi vida, mi todo.»

«No hay nada, excepto nuestra entrega total, nuestra perfecta obediencia, nuestro amor firme y sin la menor vacilación, que pueda caracterizar el andar que corresponde a las obligaciones que tenemos respecto a El.»

No hay nada dentro o alrededor de nosotros que tenga significado o poder bastante para llevarnos a una vida tan exaltada, si no es lo que Cristo puede hacer y hace.

La forma de este tipo de vida está reflejada en las palabras «digno de». A Pablo le gusta esta palabra. Nuestra manera de vivir ha de ser digna del Evangelio; hemos de andar como es digno de nuestra vocación, o de Dios; hemos de obrar como es digno de los santos; y aquí «andar como es digno del Señor».

En todos estos pasajes hay la idea de un estándar al cual tiene que conformarse la vida práctica, la idea de lo que es propio, de lo que es digno de Aquél cuyo nombre llevamos. Somos llamados a vivir una vida que dé honra a Dios, algo que parece imposible.

La palabra no se usa para desanimarnos, sino para despertar nuestra conciencia a la inefable grandeza de nuestra vocación. Deberíamos preguntarnos cómo podemos andar de modo digno de su santidad, su gloria y su amor. Con todo, si se nos guía a aspirar a este nivel, es porque podemos alcanzarlo. Las órdenes de Dios pueden ser cumplidas por medio del poder que El mismo da; sus preceptos implican promesas.

Si está bien que vivamos así, tiene que ser posible, aunque no lo parezca. No debemos conformarnos con lo actual en nuestra experiencia, pues lo actual nunca nos da la medida de lo posible.

Hemos de «olvidar las cosas que quedan atrás, y proseguir adelante, hacia la meta».

Si hemos de alcanzar este estándar, de modo progresivo, será solo si nuestra vida es gobernada por el principio más elevado, y caracterizada por la más noble ejecutoria; sólo en tanto que lo humano es infundido por lo divino, sólo si lo temporal es dominado por lo espiritual, y lo transitorio es tocado por lo eterno.

El objetivo ideal de un andar semejante se dice que es «agradándole en todo». El apóstol no ha terminado todavía su definición de la vida cristiana. Ha hablado de su energía práctica, y de sus estándares elevados; ahora llama la atención hacia su objetivo ideal.

El objetivo final del conocimiento y de la vida de piedad es agradar a Dios.

Deberíamos comprender, por tanto, cuál es el significado de este objetivo. La palabra «agradando» no ocurre otra vez en el Nuevo Testamento, pero su uso en otras partes muestra que puede dársele un objetivo muy poco digno. Requiere el motivo más elevado y el objetivo más digno si ha de ser preservado de toda sombra de obsequiosidad, o intento de complacer arrastrándose, y este alto motivo lo tiene el cristiano.

No hay aquí sugerencia de contemporizar a fin de caer en gracia con los ricos y poderosos, sino de conocer de antemano, en amor, cuál es la voluntad del Salvador.

El «agradar» a Cristo es vivir una vida de profunda comunión con El, de modo que nuestro andar se caracteriza por un deseo ferviente de explorar cada uno de sus deseos para poner por obra.

Esto introduce un elemento personal y tierno que, según se ha dicho, transforma la frialdad del deber en el calor de la gratitud, y proyecta una luz rosada sobre las nevadas cumbres de la virtud abstracta.

La exclusividad de este objetivo queda bien clara. Es al Señor a quien hemos de agradar, y el objetivo es seguro, sólo en tanto que El es el objetivo.

Pablo pregunta: «¿Trato de agradar a los hombres?», y nos advierte que evitemos «agradar a ojo, como los que tratan de halagar a los hombres». Dice que hablaba no «agradando a los hombres, sino a Dios».

El único «agradar» al cual hemos de conformar toda la vida es la consideración de que hemos de «andar como es digno del Señor, agradándole en todo».

La tentación de ganar la aprobación de los hombres siempre está presente, y en general es tuerte, y cuando un hombre cede a ella inmediatamente encuentra su sinceridad afectada y dañada y lo mismo su utilidad.

La alabanza de los hombres no debe ser buscada y procurada a todo coste, ni hay que tratar de evitar a todo coste sus reproches. Su desaprobación puede que sea una señal de nuestro triunfo, y sus alabanzas, pueden ser la marca de nuestra derrota.

«No hay nada que de modo más efectivo nos enseñe a despreciar la importancia del parloteo vacío que nos rodea y el aplauso popular, o la guerra de lenguas, como el hábito constante de procurar obrar como si siempre estuviéramos bajo el ojo vigilante de nuestro gran Jefe.»

«Tendríamos que obrar», pues, de modo que «le agrademos», recordando que Jesús hizo siempre aquellas cosas que eran agradables a la vista de su Padre. El es, pues, a la vez, nuestro ejemplo y nuestra fuerza.

El alcance de este objetivo está aquí a la vista. Ha de ser «en todo». Esto significa que hemos de andar de forma que le agrademos en todas las cosas, en todo tiempo, y hasta el límite de nuestra capacidad.

«Hay una amplitud atrevida en este "agradándole en todo". No hay reservas para las debilidades humanas, ni insinuaciones deprecatorias de la severidad divina, el menor intento de establecer nuestra conducta al margen del Señor.»

¡Cuán práctica es la energía de la vida cristiana! ¡Cuán elevados los estándares! ¡Cuán ideal el objetivo! Se nos puede perdonar si a la primera ráfaga de la verdad nos da la impresión que todo es imposible. Con todo, si está bien, ha de ser posible. ¿Cuáles son, pues, las evidencias para esta clase de vida? Este es el tema de la tercera parte de esta oración.

III. LA VARIADA EXPRESION DE LA VIDA CRISTIANA (vv. 10b-12)

Estos versículos detallan lo que debe caracterizar el andar de modo digno de Cristo.

Estas características se precisan en las tres frases que introducen las varias divisiones de esta parte de la oración. Las partes son: «llevar fruto en toda buena obra y crecer» (10b); «ser fortalecidos» (11), y «dar gracias» (12).

De modo que la expresión externa de la vida cristiana es hacia los otros, en servicio (10b); la expresión interna es hacia uno mismo, en carácter (11); y la expresión hacia arriba, es a Dios, en gratitud (12). Cada una de estas cláusulas está llena de verdades preciosas.

MIREMOS A LA EXPRESIÓN EXTERNA DE LA VIDA CRISTIANA, hacia los hombres, en servicio. Y antes que nada hemos de definir lo que es servicio, y lo haremos con una frase sorprendente: «Llevar fruto en toda buena obra.» La palabra original en griego ocurre en el versículo 6, con referencia al mensaje del Evangelio, y aquí, con referencia a aquellos que lo reciben; y las palabras son al parecer sacadas de la parábola del Sembrador, en que leemos que la simiente que cayó en «buena tierra» «*llevó fruto*» y «*produce*» (Mateo 13:23) y «brotó» y «creció» (Marcos 4:8).

En el Nuevo Testamento, «fruto» se refiere casi siempre a «carácter», y «obras» a servicio; y así, en el múltiple fruto del Espíritu en Gálatas 5:22, 23, no hay referencia alguna a servicio cristiano; pero aquí, las «obras» son los frutos, el resultado de una vida vivida en conformidad con la voluntad de Dios «agradándole en todo».

El andar digno se manifestará en una actividad rica en productividad. El servicio efectivo brota de una verdadera consagración.

Quizá la consagración es sugerida por el verbo: «llevando fruto», y el servicio por el sustantivo: «buena obra».

El alcance de nuestra actividad es expresado como en «toda buena obra». La idea de acabado o cumplimiento debe sin duda llamar nuestra atención.

El árbol de la vida dentro de nosotros llevará, no «doce clases de frutos» simplemente, sino todos los frutos que permita la infinita variedad de las circunstancias de la vida.

Nuestro carácter dentro, y nuestro servicio fuera, han de ser plenos y multiformes. Hemos de hacer nuestra toda una variedad de formas de bondad, y se trata de una aspiración a lo divino, ha de ser posible para la experiencia real. Y esto no es todo. Ha de haber al mismo tiempo el desarrollo de nuestra capacidad. Esto se nos comunica con la palabra «creciendo».

Algunos leen el texto como si dijera «llevando fruto en toda buena obra y aumentando en el conocimiento de Dios», haciendo dos cláusulas diferentes.

Mejor es decir: «Llevando fruto y creciendo en toda buena obra», haciendo con ello una sola frase. Esta interpretación está reforzada por la conjunción de estas palabras en el versículo 6. El «llevar fruto» describe la obra interna del Evangelio y «crecer» describe la extensión externa. De modo que aquí, lo que se quiere decir es que, mientras estamos mostrando los frutos de nuestra fe ante los hombres, estamos al mismo tiempo creciendo en estatura moral, nuestra propia naturaleza se vuelve más fuerte y grande.

El que el árbol dé fruto no excluye su crecimiento, y así, aun cuando ministramos a los otros, nos estamos enriqueciendo: llevando fruto y creciendo, creciendo y llevando fruto; y ésta es la expresión de un «andar» que es el producto de un conocimiento de la voluntad de Dios por nosotros.

De modo que no hay límites al progreso de la vida del cristiano, no hay límites a nuestro adelanto espiritual. «El árbol ha de llevar siempre fruto, porque la vida secreta que lo alimenta no conoce límite en su desarrollo; es de esto que habla nuestro Señor cuando dice: «He venido para que tengáis vida y para que la tengáis en abundancia.» Y la vida está siempre añadiendo a las buenas obras que está haciendo; éstas pueden llenar todo momento, paecer que toda circunstancia del día contribuya y marque su carácter sobre el menor movimiento del alma.

Además, este pasaje revela los *medios de nuestro dar fruto y crecer*. Es por medio del conocimiento de Dios.

La referencia en el versículo 9 a ser «lleno del cabal conocimiento de su voluntad» parece más natural el considerar el «conocimiento» aquí *como instrumental*.

Desde este punto de vista será, como dice Lightfoot: «El rocío o la lluvia que nutre el crecimiento de la planta.» Pero las dos ideas son verdaderas: el conocimiento afecta el crecimiento, y el crecimiento aumenta el conocimiento. Si sabemos, haremos (Juan 7:17). Cuando llevamos nuestro credo a la práctica, nuestra obediencia significará aumento de luz.

Pasemos ahora al otro punto: LA EXPRESIÓN INTERIOR DE LA VIDA CRISTIANA, HACIA DENTRO, EN CARÁCTER.

«Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia y longanimidad con gozo.»

¡Qué afirmación más sorprendente! Nótese aquí *la provisión de la gracia* para nuestra vida. Hemos de ser «fortalecidos con todo poder».

Nuestra necesidad de «poder» es grande, pues también es grande nuestra debilidad, pero Dios, sin el cual no podemos pacer nada, nos ha prometido poder.

Somos hechos fuertes en el elemento de su fuerza, v somos hechos fuertes *por medio de ella*.

Y se nos comunica «todo» poder que necesitamos, puesto que todo su poder está siempre a nuestra disposición. El tiempo verbal usado expresa la continua aplicación del mismo. Hay también presente la idea de que El nos da «toda clase de fuerza» y necesitaremos muchas clases de fuerza en una vida tan variada. Podemos, por tanto, saber «lo sobremanera grande de su poder para con nosotros que creemos».

Vemos también cuál es la medida divina prevista para nuestra vida. Es «conforme a la potencia de su gloria». La gloria de Dios es el esplendor de su propia revelación, en la cual se da prominencia a uno de sus atributos en un caso y a otro, en otro caso.

Aquí el atributo de su gloriosa majestad presentado es el de su «fuerza», a causa de nuestra necesidad inmediata de poder.

La «Fuerza» de este Dios glorioso es la fuente y estándar de la provisión de nuestro poder, y es ejercida en favor nuestro. La fuerza que nos da no conoce límites por su parte, y está limitada por la nuestra, sólo por nuestra capacidad y nuestra fe.

Esta es, pues, la «inconmensurable medida de la fuerza que puede ser nuestra». Nuestra capacidad es en todo momento el límite operante de la medida de la fuerza que se nos da. Pero está siempre cambiando, y puede estar creciendo de modo constante. El único límite real es «el poder de su gloria, y la ilimitada omnipotencia del Dios que se revela a sí mismo».

Damos una nueva mirada, v nos damos cuenta de cuál es la forma en que nos enriquece una vida así. Será «para toda paciencia y longanimidad, con gozo».

¡Qué tremendo resultado! No nos habría sorprendido leer que necesitamos ser fortalecidos con el poder divino para un servicio denodado y para hechos heroicos, pero es sorprendente leer que necesitamos poder para la «paciencia»: no para «un torrente impetuoso de testimonio, ráfagas de milagros, una vida que trace un surco en la historia de la humanidad, en el sentido del mundo», sino «para toda paciencia y longanimidad con Bozo».

El que nos infunda esto por su parte, y el que recibamos por la nuestra toda clase de poder, según la fuerza de su gloria, ¡es con miras a la práctica de virtudes pasivas!

Y ¿en qué consisten éstas? «Paciencia y longanimidad.»

La paciencia se refiere a nuestra actitud en las pruebas; pero la longanimidad a nuestra actitud hacia las personas.

La paciencia es resistencia a lo que se nos impone; pero la longanimidad es resistencia a la tentación a rebelarnos.

La paciencia es solidez y firmeza del corazón contra la fortuna adversa; pero la longanimidad es magnanimidad bajo los malos tratos.

La paciencia es lo opuesto a la cobardía y al abatimiento; pero la longanimidad es lo opuesto a la cólera y el deseo de revancha.

La paciencia está íntimamente aliada a la esperanza; pero la longanimidad lo está a la misericordia.

La paciencia es fortalecida en uno mismo; pero la longanimidad es tolerada hacia los otros.

La paciencia se ilustra bien en Job como resistencia con esperanza, y la longanimidad se ilustra perfectamente en Jesús, al sobrellevar los insultos de sus enemigos.

Es para esto que somos fortalecidos y es en esta forma que somos enriquecidos.

El poder divino no está a nuestra disposición para agresividad egoísta o para la explotación arrogante de nosotros mismos, sino, al contrario, para la manifestación de la mansedumbre y la bondad.

Se nos ha prometido la fuerza del gigante, pero no, como dice el poeta, para usarla como un gigante.

Se podría pensar que el cultivo de estas virtudes podría dar lugar a abatimiento y tristeza, y por ello el apóstol añade «con Bozo». No dice «para gozo», como si fuera el producto de la paciencia y la longanimidad, sino «con Bozo».

El gozo acompaña la lucha; es, podríamos decir, engendrado por la misma. El mismo conflicto es en sí gozoso; y la conciencia del triunfo lleva consigo su propia exaltación. La nuestra ha de ser fortaleza gozosa y resistencia gozosa; nuestras nubes han de tener una orla de resplandor de oro, y nuestros cantos han de resonar en la noche.

Veamos, finalmente, LA EXPRESIÓN DE LA VIDA CRISTIANA HACIA ARRIBA, HACIA DIOS, EN GRATITUD.

«Dando gracias al Padre.»

La expresión final de una vida así es la alabanza. A partir de aquí la exposición del apóstol pasa a la doctrina, y la oración sigue en dirección al más allá; pero antes de esto, quiere que sepamos que la *razón para la acción de gracias* es la «herencia de los santos», y que *la esfera de*

la bendición es «la luz»; y que la base de nuestra reclamación es la calidad y calificación que tenemos debida a su gracia redentora.

De aquí la oración se eleva a la contemplación de Cristo, como Unigénito de toda criatura, al Creador y Sostenedor de todas las cosas, visibles a invisibles, la Cabeza y Cuerpo de la Iglesia, que es, antes de todas las cosas, el principio y primogénito de entre los muertos, y la plenitud de Dios. Toda la plenitud divina está en Cristo y toda la plenitud de Cristo está en nosotros. Si somos pobres es porque carecemos de Cristo. Somos ricos, herederos de una incalculable herencia, poseedores de todo lo que tiene valor en el cielo y en la tierra, en el tiempo 5, en la eternidad.

Elevémonos a un verdadero sentido de nuestra vocación, de nuestra dignidad, de la grandeza de nuestro destino, y llenos del Espíritu a impulsados por Cristo, lancémonos a propagar el mensaje de su amor redentor a toda la humanidad. Esta es nuestra grande y solemne comisión, y pidamos a Dios no fracasar en ella.

Capítulo 3

ORACION PIDIENDO ILUMINACIÓN ESPIRITUAL

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos,

No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones,

Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de El,

Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que El os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos,

Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos conforme a la eficacia de su fuerza,

La cual ejercitó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales,

Por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío, y de todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero;

*Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia,
La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo.*

Efesios 1:15-23

Dividiremos la oración de Efesios 1:15-23 en tres partes: consideraremos primero la Ocasión de la misma (15, 16); en segundo lugar, el Objeto de la misma (17-19; v finalmente, el Objetivo de la misma (19-23). Primero, pues,

I. LA OCASION DE LA ORACIÓN (vv. 15, 16)

Hay tres motivos. Para empezar, fue causada por el tremendo cambio que se operó y se manifestó en estos efesios. La Iglesia estaba compuesta de judíos v de gentiles que se habían convertido a Dios, pero son los gentiles convertidos que aquí son tenidos en cuenta de un modo especial.

El apóstol, tanto antes como después de esta oración, recuerda él mismo y les recuerda a ellos, su antiguo estado según la naturaleza, y su estado presente según la gracia. Estaban sin Cristo, pero ahora están en Cristo; estaban lejos, pero ahora están cerca; estaban excluidos de los pactos, pero ahora son ciudadanos; eran extranjeros, ahora son hijos; estaban marcados por el pecado, pero ahora están sellados por el Espíritu.

Al pensar el apóstol en todo esto usa dos expresiones de profundo significado: «pero ahora» (2:13) y «pero Dios» (2.4); palabras que introducen su estado y experiencia posteriores que tienen sentido opuesto. «Por tanto», por esta causa, es que él ora.

La segunda cosa que le mueve a orar es el informe que tiene a mano de su presente condición espiritual.

Si el pensar en su posición en Cristo le mueve a acudir al Trono, también lo hacen las nuevas que ha recibido de su condición espiritual. Hemos de distinguir entre posición y condición con referencia a esto, entre lo judicial y lo empírico o práctico. En la verdadera vida cristiana lo último se irá aproximando más y más a lo primero; iremos haciéndonos lo que somos.

A Pablo le han llegado noticias de la fe de sus convertidos en el Señor Jesús, y de su amor para con todos los santos. Cada palabra aquí tiene peso y significado. Consideremos algunas, en parejas.

Hay primero Fe v Amor (v. 15), Están en relación la una a la otra como la causa al efecto, el centro a la circunferencia, la raíz al fruto, la fuente a la corriente, el principio a la acción. Dios las ha juntado, v el hombre no tiene que separarlas.

Luego, en el mismo versículo, tenemos las preposiciones: «en» y «para»; la una da la idea de algo fijo, la otra de algo que se mueve; la una apunta a la esfera de su fe; la otra al objeto de su amor; la una significa localización, la otra dirección.

Luego nótese que su Fe es en el Señor Jesús, esto es en el Dios-Hombre; pues «Señor» apunta a su divinidad, y «Jesús» a su humanidad, y ambas se unen en el «Cristo» del versículo 17, de modo que sólo el Señor Jesucristo puede ser el fundamento y objeto de la fe salvadora.

Además, el apóstol dice que su amor es para todos los santos. El amor del creyente ha de ser general, católico, y no restringido. Ha de amar a Dios, naturalmente, pero ha de amar a los santos también; no sólo a algunos -to que no parece difícil; sino a todos, siempre- lo cual ya parece más difícil. «El que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? (la Juan 4:20).

La verdadera prueba de prosperidad de una Iglesia no es el número de miembros, ni su riqueza en numerario o los edificios, no es su estado social y su prestigio, no son sus múltiples actividades y la variedad de intereses, sino su progreso espiritual; y los elementos esenciales en éste son la fe creciente en Cristo, y el amor del uno para el otro que se hace más profundo.

El fulgor de nuestra esperanza (18) será en proporción a la fuerza de nuestra fe y las riquezas de nuestro amor.

Finalmente, esta Oración fue ocasionada por el gozo y esperanza incesantes del apóstol por su causa.

El gozo halla su expresión en la acción de gracias, porque dice: «No ceso de dar gracias por vosotros»; y la esperanza encuentra su expresión en la intercesión, porque continúa: «Haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.» Las dos actividades se encuentran en la oración.

La acción de gracias es retrospectiva, pero la intercesión es prospectiva; la acción de gracias es por el fundamento que ya ha sido puesto, pero la intercesión es por los progresos futuros; la acción de gracias es por lo real en su experiencia pero la intercesión es por lo posible en el propósito de Dios para ellos.

Estos pensamientos tan ricos y plenos llevan al apóstol a la oración en favor de sus amados convertidos, entre los cuales vivió y trabajó tanto tiempo. Si esto es la introducción a la intercesión, ¡cuán gran de ha de ser la intercesión misma! De modo que vayamos a

II. EL OBJETO DE LA ORACION (vv. 17-19a)

Esto es preparativo (17-18a), y progresivo (18b-19a), con las líneas divisorias indicadas por la conjunción «para que» del versículo 17 ("cva); y la preposición (e~s) del versículo 18, que significa «a fin de que», «para que», «con miras a que». El primer párrafo indica un proceso, y el segundo un producto.

Demos ahora una mirada al objeto preparatorio (17-18a). La idea central aquí es que se nos ofrece una bendición en la forma de un «don» y son establecidas la fuente, y la naturaleza y la condición de este don. La *fuentes* de la bendición es «el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria». La expresión «Padre de gloria» puede significar simplemente que, desde arriba viene toda manifestación de la presencia de Dios en este mundo; o, que El es el Autor de la gloria; o que El es el que concede la gloria; o que a El le corresponde la gloria de modo característico.

Pero puede también significar más. Si recordamos que la «Séquina» del Tabernáculo era el «símbolo

de la residencia divina en la humanidad por medio de la encarnación del Hijo», y consideramos que la «gloria» aquí significa la esencia divina en Cristo, entonces, la expresión «el Dios de nuestro Señor Jesucristo» indicaría una relación derivada de la naturaleza humana de Cristo; y la segunda expresión, «el Padre de gloria», una relación derivada de su naturaleza divina.

Este era el punto de vista de Atanasio, y si bien pasaje que tenemos delante no dice esto de modo definido, por lo menos da la sugerencia de ello.

En cuanto a su naturaleza la bendición es «el Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de El». Este don es presentado en cuanto al medio, los elementos y la esfera del mismo.

Vemos que el *Medio* de la bendición es «el Espíritu». Los términos empleados no permiten que consideremos aquí «espíritu» como el espíritu humano, sino como el Espíritu Santo, el cual es a la vez el don y el medio del mismo.

Sólo el Espíritu Santo puede revelar la verdad que se refleja en la palabra «revelación», y capacitarnos para un use apropiado de la misma, reflejado en la palabra «sabiduría». Así pues, aquí, como con frecuencia en esta epístola, las tres Personas de la Divinidad son reveladas en sus relaciones y operaciones: el Padre de gloria, el que concede el conocimiento; el Señor Jesucristo, la sustancia del conocimiento, y el Espíritu de sabiduría y revelación, el Comunicador del conocimiento.

De modo que los *Elementos* de la bendición son «sabiduría y revelación».

Notemos de paso que el orden de la experiencia es al revés del orden del texto. Pero qué significan estos términos, y cómo se relacionan? Puede decirse que la revelación es objetiva, y la sabiduría es subjetiva; la revelación se refiere a la verdad y la sabiduría a la vida. La revelación hace posible la sabiduría; la sabiduría hace práctica la revelación.

El «Espíritu de revelación» funciona de dos maneras: como el Espíritu de inspiración, en las Escrituras, ahora completo; y el Espíritu de interpretación, en la Iglesia, continuó. Pero si la revelación nos ha de traer algún bien, y ha de dar gloria a Dios, ha de articularse en sabiduría. Los principios celestiales han de hallar expresión práctica; la verdad ha de volverse operante. Por esta razón tenemos aquí la conjunción de la revelación y de la sabiduría, y éstas no deben ser separadas.

Aquí, también, vemos que la esfera de la bendición es «en el conocimiento de El». La revelación no es de cosas en general, sino de Cristo; y la sabiduría no es la aprehensión y aplicación de la verdad en general, sino la verdad evangélica; y así, el conocimiento de Dios en Cristo es el objetivo y la esfera de la bendición por la que oramos. Esto se confirma además por la palabra empleada para conocimiento aquí. Su fuerza puede colegirse por una referencia a la Corintios 13:12 «Ahora conozco en parte, pero luego conoceré como soy conocido (12).

Las bendiciones por las que ora Pablo no son temporales sino espirituales, no especiales para algunos, sino comunes a todos los creyentes, no transitorias, sino permanentes.

Y, finalmente, la Condición de esta bendición es «alumbrando los ojos de vuestro entendimiento» («corazón» en antiguas versiones). La referencia es al estado del cual estos convertidos han sido librados. Pablo dice de ellos: «Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor» (5:8). Antes de su conversión «tenían el entendimiento entenebrecido» (4:18), pero ahora «los ojos del entendimiento han sido iluminados», y esto hace posible para ellos recibir otras bendiciones.

El «corazón» es el «hombre interior, la sede y centro de nuestra vida mental y espiritual, en el cual se unen el intelecto, el sentimiento y la voluntad. En la gran experiencia de la conversión se abren los ojos del «corazón» y a partir de entonces pueden y deben estar continuamente iluminados.

La fuerza de la palabra «alumbrando» indica una operación que es instantánea y progresiva al mismo tiempo. En los dos casos la «iluminación» es la «condición» para la bendición del «conocimiento». Entiéndase también que el alumbrar es, aquí, una preparación para la verdadera iluminación. La luz no es la verdad, sino el medio de la misma.

Todo lo que se ha dicho hasta este punto no es sino la preparación para lo que viene luego. Hemos de volver ahora nuestra atención a

II. EL OBJETO DE LA ORACION (vv. 18b-19a)

Todo lo anterior nos es concedido con miras a que «podamos saber... »

Se marca aquí claramente una triple progresión por la repetición de la palabra «cual», que introduce cláusulas preciosas y llenas de modo singular. Cada una es un progreso sobre la anterior; cada una se refiere a Dios y a nosotros; y a cada una se le añade el concepto de mirar hacia adelante.

El Espíritu nos prepara para que sepamos cuál es la esperanza a que El nos ha llamado; las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y la supereminente grandeza de su poder para con nosotros. De tal peso son estos pensamientos que las palabras apenas pueden darles soporte; y no es de extrañar que los expositores han presentado interpretaciones distintas de estas palabras.

Observemos primero que somos alumbrados para *saber cuál es la esperanza* a la cual se nos ha llamado. ¿Cómo hemos de entender estas palabras? Es la «esperanza» subjetiva a objetiva, Es la emoción o la gracia de la «esperanza» a la que aquí se refiere, o al objeto de la «esperanza», aquello que se espera? Está hablando Pablo de la expectativa en sí o lo que se espera?

Sin duda, cuando el lenguaje es tan ambiguo que es bien posible llegar a esta doble interpretación, las dos ideas han de ser admitidas. En este sentido, ¡cuán comprensiva es la oración! No es nada menos que el que podamos saber, en feliz experiencia, cuál es la expectativa que la vocación salvadora de Dios ha engendrado en nuestras almas; y que podamos saber también lo que la vocación ha asegurado y reservado para nosotros en la vida celestial que nos aguarda.

Esta «esperanza», por tanto, tiene su origen y salida en la salvación. La «vocación» de la cual brota esta expectativa es naturalmente *suya* (El es el que nos ha llamado), pues es su gracia la que nos tiene donde estamos, no un *privilegio nuestro*. Es el hecho de que El nos haya llamado que ha podido dar lugar a que exista esta «esperanza». Si es posible elegir entre dos interpretaciones posibles de esta esperanza», en este lugar, creo mejor, a la luz de lo que sigue, considerarla como la expectativa cristiana misma, más bien que el objeto de ella, pues éste parece hacerse visible en la próxima cláusula.

Sigue luego el que «somos alumbrados para saber cuáles son las *riquezas de su herencia* revelada en los santos. Y aquí otra vez el lenguaje usado es ambiguo. ¿Está hablando el apóstol de la herencia revelada *en* nosotros o la herencia reservada para nosotros? ¿Es la referencia a la herencia de Dios en nosotros, o nuestra herencia en El? La expresión puede entenderse de dos maneras, gramaticalmente, o bien como «la herencia de Dios *en los santos* y; o como «la herencia de la cual El es el origen y sustancia, que es conocida y revelada entre los santos». Es fácil creer que nuestra herencia en El es rica en gloria, pero muy difícil creer que El puede mirarnos a nosotros en este sentido. Por esta razón se ha hecho más énfasis en la primera interpretación.

Pero la fe no debe tropezar aquí. En el Antiguo Testamento se habla de los israelitas como la porción de Dios (Deuteronomio 4:20; 7:6; Jeremías 10:16; Malaquías 3:17), y en el versículo 11 de este capítulo se habla de que «hemos tenido suerte en El» («herencia» en otras versiones), y en el 14 se dice que somos «posesión adquirida» lo que indica que somos posesión de Dios.

Por tanto, esta idea no puede ser totalmente excluida del versículo 18. Es seguro que hay aquí las dos ideas, la de su herencia en nosotros (de los versículos 11 y 14) y la de nuestra herencia en El (del versículo 14, también).

Este doble significado se confirma por los términos en que se caracteriza: «gloria» y «riquezas»; gloria, indicando su manifestación en nosotros que somos su porción, y «riquezas» refiriéndose a nuestra experiencia de El, nuestra porción. Suya es la «gloria», nuestras las «riquezas», y cada uno la herencia del otro. Entendiendo así la herencia, no es verdaderamente presente del todo, ni del todo futura, sino que aquí ya entramos en ella, y allí será poseída de modo pleno. En el versículo 7 leemos de «las riquezas de su gracia», y aquí, de «las riquezas de su gloria». ve modo tan cierto como que la «gracia» no se limita al tiempo, asimismo, la

«gloria» no se limita a la eternidad. Podemos conocerlas las dos, aquí y ahora, pero la experiencia de «gloria es ya un anticipo de la experiencia de «gracia». Todos los creyentes conocen la última en cierta medida, pero relativamente pocos la primera.

Y, finalmente, somos alumbrados para conocer «cuál es la grandeza de su poder para con nosotros». Esta es la cláusula final de esta gran progresión, en cada parte de la cual están unidos «Dios y los santos», y «el presente y el futuro».

Con referencia a Dios, observemos que es su llamada y nuestra esperanza, su gloria y nuestras riquezas, su poder y nuestra fe. Con referencia a nosotros, es la esperanza ahora en nosotros, y el objeto de ella todavía venidero; la herencia de que disfrutamos ahora y que, con todo, ha de ser aún plenamente realizada; el poder que ahora ejercemos en respuesta a la fe y el que ha de ser demostrado plenamente en la resurrección.

Notemos también en estas cláusulas un progreso de pensamiento que alcanza desde el comienzo a la consumación de la vida cristiana. La expectativa es la gracia de la esperanza cristiana creada en nosotros a raíz de la conversión; la herencia es el objeto de la esperanza cristiana que debe ser guardada firmemente ante nosotros siempre, y el poder es la garantía del cumplimiento de la esperanza cristiana progresivamente y al final.

Si estas maravillosas verdades han de llegar al terreno del conocimiento de la experiencia, sin duda hemos de esperar del Espíritu de verdad que «alumbre los ojos de nuestro corazón».

Además, la experiencia de este poder está condicionada en la fe; es para nosotros los que creemos. Esto ciertamente significa que el poder de que se habla es ejercido en favor de todos los cristianos, que lo son en virtud de haber creído; pero las palabras de nuestro contexto requieren una interpretación más plena, porque aunque hemos creído para salvación, el apóstol ruega «que podamos saber cuál es la supereminente grandeza de su poder», con un conocimiento que no sea teórico, sino de experiencia, y un tal conocimiento viene sólo en respuesta a la fe.

En otros pasajes, el poder y la fe están relacionados, como cuando leemos que «nuestra fe no está basada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios»; y que «somos guardados por el poder de Dios mediante la fe».

El poder es aquí considerado como en Dios, como sobrepasando todo límite, y en nosotros, sólo limitado por la fe, fe que es a la vez la condición y el instrumento de la operación de la fuerza divina. Es por medio de la fe que entramos, y tomamos posesión y nos gozamos.

Con esto entramos en la tercera parte de nuestro estudio, que realmente nos lleva más allá de la oración; porque aquí, como en Colosenses, el apóstol, en espíritu, es llevado a la gloria divina y envuelto en su santa luz.

De modo que contemplemos brevemente

III. LA EXPECTATIVA DE LA ORACIÓN (vv. 19b-23)

¡Qué tremenda perspectiva! Aquí se presentan ante nuestra visión, y todo en relación con nuestra fe, la Resurrección, la Exaltación y el Dominio de Cristo, y estos versículos constituyen el punto culminante de la oración y el aliento de vida de nuestra fe, nuestro amor y nuestra esperanza. Pablo está hablando todavía del poder divino, y está interpretando a ilustrando su «supereminente grandeza». La define de una forma en que muestra de nuevo cómo sus palabras están luchando para dar expresión al pensamiento divino.

Se usan tres términos que no deben ser considerados como sinónimos, sino que marcan una gradación definida: «eficacia» a «operación», «fuerza», y «poder». Detrás de la operación (o eficacia) divina que vemos y sentimos hay la «fuerza divina», y detrás de esta fuerza hay los infinitos recursos del «poder» y todos éstos juntos dan lugar a su «potencia».

Meditemos en esto y quedaremos impresionados por esta descripción del poder de Dios, o nos perderíamos la tremenda fuerza de este pasaje. La frase significa: «La eficiencia del poder activo que expresa su potencia inherente.»

Es hora ya de que veamos de qué forma todo esto se relaciona con nosotros. «Los ojos de nuestro corazón son alumbrados para que sepamos cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de su fuerza, la cual ejercitó en Cristo, resucitándole de los muertos.»

La revelación aquí es simplemente abrumadora. No es nada menos que esto: que la operación del esfuerzo del poder de Dios, desplegado en la resurrección y exaltación de Cristo, es la medida de esta potencia supereminente -la garantía de nuestra esperanza- que ejerce hacia nosotros los que creemos. El ejercicio y los efectos del poder divino son indicados de una manera adecuada para mostrar lo decisivo y completo de los actos sucesivos.

Los hechos son: la fuerza que ejercitó en Cristo; le levantó de los muertos; le sentó en el cielo, sometió todas las cosas bajo sus pies; y le puso por cabeza de la Iglesia.

En estas cláusulas la oración continúa en dirección a la eternidad, donde la triple evidencia del poder divino está delante de nosotros: Primero en la *Resurrección de Cristo* (19b-20a), «la cual ejercitó en Cristo cuando le resucitó de los muertos». En la Biblia hay dos medidas o estándares del poder divino: en el Antiguo Testamento es el dividir el Mar Rojo; en el Nuevo Testamento, la resurrección de Jesucristo. Es el hecho histórico de la resurrección de Cristo al que nos referimos aquí, y esto se declara que fue hecho para El no como mero individuo de la raza, sino como representante de su pueblo.

La resurrección de Cristo es la suprema muestra del poder divino, y lleva consigo también la resurrección de su pueblo, ahora para novedad de vida, ulteriormente para la gloria corporal.

Así, en Filipenses 3: 10, Pablo desea que puedan conocer el poder de su resurrección, y la mira al tiempo en que Cristo «transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de la gloria suya» (v. 21).

El ejercicio de este poder divino está limitado sólo por nuestra fe; es hacia nosotros, «los que creemos». El estándar de su operación debería ser el estándar de nuestra expectación y, hasta el límite de nuestra capacidad de crecimiento, el estándar también de nuestra experiencia.

El poder de Dios además se revela en la *Exaltación de Cristo* (20b). «Sentándole a su diestra, en los lugares celestiales.» Esta expresión es tan breve como llena de significado. Hay aquí el pensamiento de descanso: «Lo sentó.»

El lugar que Dios le asignó, El lo ocupó, y, si se nos permite la expresión antropomórfica, está allí «sentado» en prueba de que su obra ha sido consumada. «Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (Hebreos 1:3).

También vemos aquí que la «diestra» es el lugar de distinción y privilegio, y que «la izquierda» le sigue. Por esta razón, Jacobo y Juan deseaban estos lugares en relación con el reino de Cristo. Pero se nos declara que Dios, por el ejercicio de su poder, ha dado a Cristo el lugar más elevado en el universo en relación con el Trono. Este es un derecho suyo indiscutible.

Y esto nos introduce al pensamiento de la gloria en los cielos o lugares celestiales. Esta expresión apunta a localización, como se refleja en las palabras «sentado» y «diestra».

Cristo ha «pasado por los cielos» y ha entrado «en el cielo», para aparecer ahora en la presencia de Dios por nosotros. Y este hecho, una vez aprehendido, da lugar a una visión del Dominio de Cristo (21-23). Es todavía el poder de Dios el que sigue siendo ilustrado. El poder por el que Cristo fue resucitado es el mismo por el que fue sentado; el poder por el que fue resucitado y sentado es el mismo por el que se le dio dominio; y éste es el poder que se dirige a nosotros los que creemos.

En esta revelación del dominio de Cristo hay varias declaraciones claras que, juntas, muestran que su supremacía no será compartida.

Primero se nos dice en el versículo 21 que su dominio es *sobre todas las inteligencias*: «Por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío.»

Estas expresiones no indican principios y fuerzas, sino poderes personales, clases y categorías de seres personales, y que de cada clase hay muchos lo indica el «todo» lo que significa toda clase de inteligencia celestial.

Conocemos muy poco de estos órdenes de dignidad angélica y poder, y de sus funciones, pero lo que es más importante saber es revelado aquí, es decir: que el Cristo fue crucificado en el Calvario, levantado de los muertos por el poder divino y sentado en el cielo, está «por encima de todo».

Y no sólo «encima» de toda clase de inteligencia no nombrada, sino «*de todo nombre*».

Por encima de todos los objetos creados en todo el universo, cualesquiera que sea su nombre; y esto no sólo en este siglo, sino también en el venidero.¹

La supremacía de nuestro Cristo es absoluta, ¡y la gloria de su Persona es incomparable!

De las mayores profundidades de la humillación «Dios le exaltó, y le exaltó hasta lo sumo, y le otorgó en el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es SEÑOR» (Filipenses 2:9-11). Y el poder que Dios ejerció sobre El y le transfirió, es el que ejerce «hacia nosotros, los que creemos».

Se afirma luego que este dominio es sobre toda la creación: «Puso todas las cosas bajo sus pies.»

En el versículo precedente se habla de las inteligencias creadas, todas ellas, pero aquí la idea se ha extendido a todas las cosas creadas en el cielo y en la tierra, racionales a irracionales, orgánicas a inorgánicas, visibles a invisibles.

No son pocos los pasajes que anuncian este DOMINIO UNIVERSAL DE CRISTO, un dominio que, como don de Dios es ya suyo, pero que no lo ejerce y no disfruta de él todavía de modo universal. Y finalmente se revela su dominio *sobre* la Iglesia universal.

No es de sorprender que el pensamiento aquí sea un poco complicado, considerando que se trata de verdades tan profundas. Las principales verdades que hallan su foco común en esta declaración son: que Dios le dio a El, a este glorioso Cristo, la Iglesia; que se le dio la Iglesia en su capacidad de «Cabeza de todas las cosas»; y que la Iglesia es su cuerpo, de modo que El es la cabeza de la Iglesia también.

Y se declara luego, ya finalmente, que este mismo Cristo «es la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo», Dios ha dado la persona de Cristo a la Iglesia, de la cual ya es Cabeza, así como de todas las cosas y la encarnación y manifestación de la plenitud divina porque «en El reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente! y en El somos llenados por completo». El futuro está de nuestra parte: la gloria está delante; lo mejor está por venir. Los gobiernos pueden lanzarse a un caos imposible y los mundos pueden tambalearse y caer, pero tan cierto como que el Cristo de Dios vive, su pueblo sobrevivirá todo naufragio de la materia y choques de mundo, y florecerá en una juventud inmortal. Su resurrección es el tipo y muestra de la nuestra propia; «porque El vive nosotros también viviremos». Avancemos con esta magnífica visión del dominio de nuestro grande y bendito Señor, llenos de su Santo Espíritu, para hacer un impacto tremendo en nuestra generación, y así apresurar el día en que «los reinos de este mundo (o cosmos) serán el reino de nuestro Señor, y de su Cristo».

¹ Este pensamiento de Pablo (o mejor dicho, del Espíritu Santo revelado al apóstol Pablo) puede verse desarrollado con mayor amplitud en el libro *La nada o las estrellas* de Samuel Vila, pp. 315 a 324, y es muy curioso y gratificador que el célebre autor inglés doctor Graham Scroggie comparte las mismas ideas que nuestro director y fundador de CLIE ha preconizado en el referido libro, así como en el titulado *Cuando El venga*, (Nota Editorial.)

Capítulo 4

ORACION PIDIENDO LA PLENITUD DIVINA

Por esta causa doblo mis rodillas ante el padre de nuestro Señor Jesucristo,

De quien toma nombre toda parentela en los cielos y en la tierra,

Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria el ser vigorizado con poder en el nombre interior por medio de su Espíritu;

Para que habite Cristo por medio de la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor,

Seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cual sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura,

Y de conocer el amor de Cristo, que sobrepasa a todo conocimiento, para que seáis llenados hasta toda la plenitud de Dios.

Y a Aquél que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros,

A El sea gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

Efesios 3:14,21

Aunque las otras oraciones son magníficas, no es demasiado reclamar para ésta el honor de ser la mayor de todas, pues incluye a las otras. No hay nada que pueda concebir el creyente más allá «de la plenitud de Dios». Esta breve expresión va más allá de todo lo que hemos experimentado nunca y resume todo lo que nunca podemos experimentar.

La plenitud de Dios es simplemente Dios mismo, revelado en Cristo y ministrado por el Espíritu. No hay mayor pensamiento que pueda ocupar nuestras mentes finitas.

Este es uno de los pasajes más grandes, palabras de primer orden del Espíritu Santo y, quizá, la oración más sublime, comprensiva y ferviente de la Biblia.

«Lo que Juan 17 es para los Evangelios es esta Oración para los escritos de Pablo. Poniéndola en relación con la oración precedente (1:15-23) podemos decir que tenemos en estas dos efusiones el lenguaje más elevado de la adoración humana excepto el pronunciado por el mismo Señor.»

Todo lo que podemos esperar hacer es notar el orden que reina en este tumulto de palabras santas.

Consideremos, pues, primero, el Enfoque de la oración (14-15), luego la Invocación a la Plenitud (16-19), y finalmente la Adscripción de la Alabanza (20-21). Tenemos primero, pues,

I. EL ENFOQUE DE LA ORACION (vv. 14-15)

«Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda parentela en los cielos y en la tierra.»

Aquí deberíamos notar que empezamos con la ocasión de la oración: «Por esta causa.»

Esto es un resumir las peticiones que Pablo había empezado en el versículo 1, y a partir de lo cual siguió, en una digresión, hablando del misterio de la Iglesia. Ahora vuelve a su primera línea de pensamiento, con las mismas palabras: «Por esta causa.»

Y al punto preguntamos: ¿Por qué causa?, y para hallar la respuesta hemos de ir más atrás, si no a todo el resto de la epístola, por lo menos hasta el capítulo 2, en que el escritor ha descrito dos cuadros, uno el de lo que eran antes estos gentiles, por naturaleza, y otro lo que son ahora, por la gracia. Antes eran esclavos; pero ahora, ahora son ciudadanos; antes excluidos, ahora perteneciendo a la familia; antes pobres, ahora, admitidos a la plenitud del santuario.

Cuando presenta en antítesis claras las palabras «pero ahora» (v. 13) y «pecado» (v. 1); y «pero Dios» (v. 4) el santo gozo de su alma ha de encontrar expresión y «ésta es la causa» por la que ora.

La oración, por tanto, es el producto de una doble visión, primero, la de la pobreza y necesidad de los creyentes efesios por un lado, y por otro las riquezas espirituales que les han sido provistas en Cristo, y tiene por objeto el poner a la una en contacto con la otra.

Obsérvese, además, la postura que adopta Pablo: «doblo mis rodillas».

Parece como si en este punto estuviera tan lleno de sincero fervor y deleite extático que cayó sobre sus rodillas al continuar escribiendo o dictando a su amanuense. La actitud muestra gran emoción y es el signo de la más profunda reverencia y humildad.

La dirección ante quien se postra es: «ante el Padre».

Pablo no está pensando aquí en la relación de Dios con Cristo, sino en su relación como Padre de toda la familia de los redimidos, como muestra el contexto. Por el hecho de ser El nuestro

Padre, podemos ir a El con confianza; por ser nuestro Padre y nuestro Dios, hemos de estar siempre ante El en adoración. Cada vez que decimos «Padre nuestro» hemos de pensar en su bondad, y cada vez que añadimos «que estás en los cielos», hemos de pensar en su grandeza.

El es el Dios de todos, pero sólo Padre de aquellos que creen, porque es solo por el Espíritu de su Hijo que podemos clamar «Abba, Padre».

Hemos de recordar, pues, que nuestras súplicas han de ser «hacia El» (7rpo5-), pues, no sólo a causa de la redención, sino también de la comunión, esto es, «por medio de» Cristo, a través del cual tenemos acceso al Padre, en un Espíritu.

¡Cuánta inspiración podemos tener de la perspectiva: «de quien toma nombre toda parentela (familia) en los cielos y en la tierra»¹

El recuerdo del Padre abre en la imaginación del apóstol un vasto reino de espíritus que tienen su común origen en Dios como Padre.

Tanto si leemos aquí «toda la familia», y entendemos todos los órdenes de seres inteligentes, humanos y angélicos, el punto de la expresión sigue siendo el mismo, a saber, que Dios es el foco y prototipo de la relación paterna dondequiera que se halle, y que nosotros, a través de la mediación redentora del Hijo, participamos en la bienaventuranza de su naturaleza y su nombre.

Con un enfoque tan impresionante es natural que sintamos deseos de conocer cuáles son los pensamientos que llenan la mente del suplicante, y qué poderosa pasión está moviendo su alma.

Esto encuentra expresión en las palabras que siguen. MacLaren ha dicho muy bien que, «en ninguna parte de las cartas de Pablo se eleva a un nivel más alto que en sus oraciones, y ninguna de sus oraciones está más llena de fervor que esta maravillosa serie de peticiones. Se abren la una a la otra como majestuosas salas de un gran templo o palacio, cada una conduciendo a otra que es más espaciosa y magnífica que la anterior, cada una acercándose más a la cámara de presencia, hasta que al fin entramos en ella».

El gran objetivo de esta oración se halla en las palabras «la plenitud de Dios» (v. 19).

Todo lo que precede nos prepara y nos conduce a esta exaltada experiencia. En ésta, como en las otras cartas de la prisión, el deseo y el pensamiento humano llegan a su límite, alcanzan el infinito.

Pero volvamos a la oración en sí, que hemos llamado:

II. LA LLAMADA A LA PLENITUD (vv. 16-19)

Aunque todas estas peticiones están tan íntimamente unidas, y el pensamiento de ellas se funde entre sí, con todo, podemos observar distintos estadios en la pauta que se desarrolla y, teniendo como mira a lo largo de ellas la plenitud divina, nuestra atención se dirige primero a la

necesaria preparación para ella (16-17), luego, a la creciente iluminación de ella (16-19a), y *finalmente*, a su relación final (19b).

LA PREPARACIÓN NECESARIA PARA LA PLENITUD DIVINA (16,17), es doble, el fortalecimiento por medio del Espíritu y el revestimiento de Cristo.

He dicho doble pero los dos son uno, y no se pueden separar, aunque quizás éste es el orden en que han de ser concebidos.

Primero, pues, la plenitud divina está condicionada al «ser *vigorizados por el Espíritu*» (16). Pablo ora para que el Padre quiera concedernos «conforme a las riquezas de su gloria, el ser vigorizados con poder en el hombre interior por medio de su Espíritu». Se supone que toda bendición espiritual nos llega como un *don* de Dios.

Aun cuando es la respuesta a un sentido de necesidad, y un espíritu de dependencia por nuestra parte, por su parte, es un acto de gracia soberana. No podemos comprar, no podemos merecer en lo más mínimo ninguna de las bendiciones que se nos presentan aquí, pero, como respuesta a la oración de fe, Dios puede «concedérnoslas».

Lo que el Padre nos concederá es algo que se nos revela ahora, en cuanto a su naturaleza, agente, esfera y medida.

La *naturaleza* de la bendición es «ser vigorizados con poder».

Es posible un alto grado de debilidad dondequiera que haya vida, y sin duda, tiene que estar presente en nosotros un sentimiento de la necesidad urgente de ser vigorizados, en la mente, corazón y voluntad, ante cada nuevo descubrimiento que hacemos de nosotros mismos.

En Filipenses, Pablo ora para que podamos tener Amor Discerniente; en Colosenses, para que podamos conocer la Voluntad Divina; en Efesios, para que podamos tener los Ojos del Corazón alumbrados, y aquí, ora por una bendición que, si es concedida y recibida, nos lleve a una experiencia y goce del resto de las demás, a saber, que podamos ser vigorizados, y vigorizados con poder.

El apóstol ha hablado en las oraciones previas de poder; allí, sin embargo, se trataba del poder como *mostrado* por Dios, pero aquí, es el poder *impartido en nosotros*.

La promesa de Pentecostés era, no que recibiríamos conocimiento o sabiduría, o alguna de las cualidades y bendiciones de las que tenemos tan gran necesidad, sino que recibiríamos poder, por medio del cual sería posible toda otra gracia.

Tanto el cristiano como la Iglesia no tienen ninguna necesidad mayor que la de poder. Los conocimientos, las riquezas, el prestigio y la organización y las actividades de mayor alcance no pueden ser una compensación por la falta de poder.

La bendición inicial es inclusiva, o sea que, si se nos ofrece poder y lo recibimos, se abrirá para nosotros el camino a toda la «plenitud de Dios».

Y se nos recuerda que *el Agente* de la bendición es «por medio de su Espíritu».

Como al principio está escrito que «recibiréis poder por medio del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros», así, todavía, es por medio de El solamente que es posible este ser «vigorizado», y por medio de El solamente que este «poder» es impartido.

Este poder sobrehumano de Dios actuando en los hombres se refiere siempre al Espíritu Santo. Es para nosotros antes que nada el Espíritu de vida, y después de esto, el Espíritu de poder, la fuente de energía espiritual.

Es verdad que esta bendición de fuerza por el Espíritu ha de ser continua y siempre creciente, pero el tiempo usado en el original (un aoristo) muestra que es también algo definido y decisivo.

A los numerosos cristianos que antes vivían en olvido práctico del Espíritu Santo, esta experiencia del mismo como fuente de poder les ha llegado con la fuerza de una revelación. Se da el poder a medida que se necesita, pero hay una primera recepción del mismo que cambia toda la naturaleza de la vida. Hemos de orar, ahora mismo, pidiendo esta gracia y, luego, contestar nuestra oración recibéndola.

Podemos atender también a la Esfera o Área de esta bendición. Es en «el hombre interior». Por medio de esta expresión se indica nuestra vida central y más elevada, la porción más noble de nuestro ser, el asiento de nuestra vida intelectual y espiritual con todos sus impulsos y sentimientos y luchas, el «hombre escondido del corazón», el ser moral racional, nuestro ser personal consciente, en suma, toda nuestra verdadera personalidad.

Este «hombre interior» en la persona no regenerada es oscurecido por estar sometido a la carne, pero cuando ha sido vivificado por el Espíritu de Dios pasa a ser el «nuevo hombre», y la esfera o área de las operaciones divinas.

Es aquí, en el mismo centro de nuestra personalidad, que hemos de ser vigorizados, en las fuentes secretas de acción del hombre interior.

Es «en» este hombre interior que es aplicada esta vigorización; es «a» este objeto y «hacia» el mismo que se dirige el don. Nuestra vida central es la esfera y destino de la bendición concebida. Nada menos que esto es necesario para satisfacer el designio divino, o traer a nosotros la experiencia de la «plenitud divina».

Si damos una nueva mirada a este pasaje tan rico veremos cuál es la *Medida* de la bendición. Esto se declara al decir «conforme a las riquezas de su gloria». ¿Quién puede medir la abundancia sin límites de Dios? En todo lo que da es abundante, generoso, rebotante. Su medida es carecer de medida. Siempre obra según la dignidad de sus perfecciones infinitas, de las que se habla aquí como de «gloria». Da según su rango y riqueza, de modo que, si somos pobres y débiles tenemos que buscar la explicación en nosotros mismos, y considerando las riquezas a nuestra disposición, este estado es no sólo lamentable, sino pecaminoso.

Esta es, pues, la primera parte de la preparación para la plenitud divina. Y la segunda es el revestimiento de Cristo (17). «Para que habite Cristo por medio de la fe en vuestros corazones.» Consideraremos aquí el significado, asiento, condición y efecto de este revestimiento.

En cuanto a su *Significado*, este pensamiento, aunque significa un avance sobre el anterior, es en realidad un resultado del mismo. Somos «vigorizados» para que Cristo habite en nuestros corazones. Esta vigorización o fortalecimiento es concedido con miras al revestimiento. Pero sin duda, Cristo va habita en nuestros corazones, pues de otro modo no seríamos cristianos. No podemos perder esto de vista, pues si no estuviera en nosotros seríamos réprobos. Y, con todo, no basta esto para completar la verdad. El que está aquí puede venir todavía, más rica y más plenamente.

Se ha dicho muy bien que su presencia en nosotros tiene grados y avanza, es menos y más, más interna y más externa. Una vida puede ser verdaderamente cristiana y, con todo, estar muy lejos de ser plenamente cristiana. Esto es lo que distingue a un cristiano de otro. Algunos tienen mucho lugar para Cristo, algunos le dan más, algunos le ceden toda la casa. O, mirándolo desde otro punto de vista, en algunos Cristo está sólo presente, en otros está de modo prominente, en otros está de modo preeminente.

No hemos recibido tanto de El que este pasaje haya dejado de tener sentido para la experiencia. Siempre hay nuevas revelaciones de Cristo que nos están esperando. Puede estar en nosotros como Salvador, y no como Señor; como poderoso Redentor, pero no como Amigo. Podemos ser conscientes de su presencia y, con todo, lamentablemente, no saber nada de su poder.

Es por el revestimiento de Cristo que Pablo ora, esto es: «Cristo en el significado de su nombre, Cristo no sólo poseído, sino comprometido; Cristo con conciencia plena de la importancia de su obra, a la luz de su relación con el Padre y el Espíritu y los hombres.» Cristo podría habitar en nuestros corazones de la misma manera que la plenitud divina habita en Cristo (Colosenses 2:9). Podría hallar en nosotros, no una residencia precaria, sino un lugar fijo y permanente.

Y esto nos lleva a considerar el *Asiento* o localización de este revestimiento. Este asiento es «en nuestros corazones». El «corazón» es el centro del sentimiento, del pensar y del querer, nuestro yo consciente interior, la cámara central del alma, el mismo altar del templo. Y es en nuestros «corazones» que hemos de santificar a Cristo como Señor.

Esto significa muchísimo más que una aprehensión teológica, filosófica o intelectual de Cristo. Podemos tener todo esto sin tenerle a El. Cristo puede estar en nuestra cabeza sin estar en nuestro corazón. Podemos tener la verdad acerca de El sin que la Verdad nos tenga a nosotros. Para esto último necesitamos ser «vigorizados» de modo que El «habite en nuestros corazones», porque si El está allí, espera en el resto de nosotros, pero puede estar en el resto sin estar en el corazón.

¿Cómo puede, pues, esta experiencia pasar a ser nuestra? Aquí se nos revela la *Condición* de su revestimiento: «por medio de la fe». La bendición de un revestimiento de Cristo es, por un

lado, el efecto de la acción divina, pero por otro, es el resultado de la aprehensión y apropiación humana. La fe es la mano que abre la puerta para que entre, es el instrumento por medio del cual lo posible se vuelve real, y no hay otra facultad que pueda realizar la obra.

Las promesas divinas son hechas a la fe, no al intelecto. La recepción de Cristo en el mismo centro de nuestro ser no es ni mediata ni teológica, sino experimental, de experiencia, ni mecánica ni intelectual, sino espiritual.

La fe es más que una aspiración exaltada, es «una afirmación y un acto que proclama que la verdad eterna es un hecho». El Cristo que entre en el corazón de esta manera pujante no viene de modo inevitable, sino que ha de hacerlo en un acto específico y decisivo. La fe ha de empezar por apropiarse a Cristo, y este comienzo llevará con él el secreto y la promesa de todo lo que va a seguir.

Queda un punto más, a saber, el Efecto de este revestimiento. Antes de anunciar el fin del cual la vigorización por el Espíritu y el revestimiento de Cristo son condiciones y preparación necesaria, el apóstol indica cuál será el efecto de esta doble bendición.

Al hacerlo usa dos figuras, las dos en relación con el amor divino. Este amor es el suelo en el cual nuestra vida debe tener sus raíces, y la roca sobre la que debe descansar nuestra fe. Así Pablo habla de ser «arraigados y cimentados» poniendo la vida cristiana a la vez como un árbol y un templo. Las dos figuras dan idea de seguridad y estabilidad.

El usar participos pasados para indicar las ideas, indica una doble verdad, a saber, que este estado es el resultado de la vigorización y el revestimiento y que es la condición necesaria para la «captación» o aprehensión y el «conocimiento» de las cláusulas que siguen.

No perdamos el hilo del pensamiento en la multiplicación de detalles. Hasta ahora la oración ha mostrado cuál es la preparación necesaria para la experiencia de la «plenitud de Dios».

Esta, según hemos visto, es doble: el fortalecimiento por el Espíritu y el revestimiento de Cristo, los cuales, juntos, tendrán el resultado inmediato de nuestro establecimiento en el amor de Dios y la experiencia de este amor como el de nuestra vida.

Partiendo de esta preparación, el apóstol sigue hablando de LA CRECIENTE ILUAMINACIÓN DE LA PLENITUD DIVINIA (18-19a).

Todo lo que ha precedido ha sido a fin de que «seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento». Este párrafo da vuelta alrededor de los verbos «comprender» y «conocer» que se pueden interpretar aquí como sinónimos.

Ante todo, pues, Pablo ruega que, como resultado del fortalecimiento y el revestimiento divinos podamos tener la habilidad de «comprender». Sería mejor captar, según el original. La idea es de un abarcar mental de la cosa puesta delante, aunque este captar no puede ser nunca

inclusivo o exhaustivo. Nuestro ser «completamente» capaces de captar significa que en todo momento podemos hacerlo hasta el límite de nuestra capacidad creciente.

Y ahora tenemos que preguntarnos qué es lo que hemos de captar y cómo lo podemos captar. En respuesta a la primera pregunta, el apóstol dice «cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura». La frase no es terminada por Pablo, y esto ha llevado a muchas conjeturas respecto al objeto en que pensaba.

¿Está Pablo pensando en las dimensiones de la Iglesia, del Templo de Dios, del cual ya ha hablado en esta epístola? Si es así, ve a la Iglesia de modo ideal como esparcida por todo el mundo, como teniendo su origen en un tiempo pasado, levantada de los mares de pecado y miseria, y destinada por toda la eternidad a ser la habitación de Dios por medio del Espíritu.

¿O está Pablo pensando en el plan redentor de Dios para el mundo? Entonces lo ve como totalmente inclusivo, permanente, radical y efectivo. Pero como el apóstol acaba de hablar del amor, y está a punto de hablar del mismo otra vez, quizás es más natural añadir la expresión «del amor Divino». La relación sería que estando arraigados y cimentados en amor podemos ser del todo capaces, con todos los santos, de captar este amor en todas sus dimensiones y, en nuestra experiencia personal, conocer el amor de Cristo, el cual sobrepasa todo entendimiento.

Sin duda, al usar este lenguaje retórico, la idea que tiene Pablo es simplemente hacer resaltar la insuperable magnitud del amor de Dios para con nosotros. Con todo, es del todo permisible el que veamos aquí ideas distintas, que en combinación constituyen lo asombroso ante este amor.

La amplitud o anchura de este amor nos habla de su *extensión*. Es un amor inclusivo, abarcativo, universal. Alcanza a todas las naciones y llega de un polo al otro. «De tal manera amó Dios al mundo que dio.» «Si soy levantado sobre la tierra atraerá a todos a mí mismo.» Los redimidos, en la visión de Patmos, eran «una gran multitud de todas las naciones».

La longitud del amor nos habla de su *duración*. Es un amor sin origen, desde todas las edades, sempiterno, de eternidad a eternidad, sin principio, pausa o fin. «Con amor *eterno* lo ha amado.»

La profundidad del amor nos habla de su *condescendencia*. Es un amor que no necesita estímulo, sin restricción, que no se cansa, que llega hasta los abismos más bajos de pecado y miseria. Es un amor que nos persigue allí donde nos escondemos. Es «el gran amor con que nos ha amado» de modo que todos puedan decir: «¡V!e amó a mí y se dio a sí mismo por mí.»

Y, finalmente, la altura de este amor nos habla de su *trascendencia*. Es un amor elevado, sublime, infinito. La profundidad y la altura son una misma dimensión, de modo que la profundidad de su humillación para nuestra redención es la medida de la gloria a la cual será levantado en el día de su triunfo final. Su amor es inconmensurable y carece de límites, ¿quién lo puede conocer?

Un autor comparó estas dimensiones a la forma de la Cruz, porque allí fue consumado en el divino amor; y allí hemos de mirar si queremos verlo en su manifestación más conmovedora.

Fluye a la vez la sangre y el amor
De su cabeza, su manos y sus pies.
Las espinas se clavan en su sien.
¿Hubo jamás amor con tal dolor?

Podemos, pues, preguntarnos cómo puede ser comprendido y captado un amor así. La respuesta es doble, a saber, individual y colectivamente. El aspecto individual es subrayado en el versículo siguiente, pero el colectivo es mencionado en este versículo. Cuando el apóstol dice «con todos los santos» afirma que esta aprehensión es sólo posible a los santos.

En qué consiste el amor de Jesús
Sólo pueden saberlo sus santos.

Pero esta expresión significa también que son necesarios los santos de todas las edades para aprehender dignamente el amor de Dios en Cristo. Este pasaje tiene un carácter universal. No hay ninguna edad, ni iglesia ni alma que tenga el monopolio del amor divino, ni podemos permitirnos actuar como si fuéramos independientes los unos de los otros. La bendición infinita es una herencia común.

Este es el Verdadero conocimiento de los santos, y meditar en él es privilegio común y abierto. Ningún individuo o ningún grupo de individuos puede aprehender el amor divino excepto en una medida infinitésima, por lo cual, cuanto más amplia sea nuestra comunicación, más firme y más plena será nuestra posesión del amor de Cristo. Las medidas del propósito divino están más allá de la comprensión de cualquier inteligencia individual; pero en unión «con todos los santos» podemos llegar a comprenderlas. Cada Santo puede captar una porción; y el conjunto de los santos, cuando todos lleguemos «al hombre perfecto», podemos conocer como un conjunto, lo que para siempre ha de trascender el conocimiento de un individuo aislado.

Pablo pasa ahora de lo que es general a lo más particular y ruega que podamos tener la capacidad de «conocer». La aprehensión o captación es general, y el conocimiento es particular; la aprehensión es más histórica, el conocimiento es más empírico o experimental; la aprehensión es social, y el conocimiento es personal. El avance es desde fuera hacia dentro.

La aprehensión de las medidas del amor de Cristo, como se manifiesta en la redención, no basta; hemos de conocer este amor como una posesión personal, y siempre más íntimamente a medida que aumenta nuestra capacidad.

Deberíamos conocerle con un conocimiento que sea espiritual y de experiencia, y nunca hemos de sentirnos desanimados por el hecho de que «sobrepasa a todo conocimiento». Este objeto divino invita nuestra observación y búsqueda y, con todo, a cada paso, va más allá de nuestra comprensión; nos guía desde delante, pero no nos deja llegar nunca a nuestro objetivo.

Jesús mi Salvador; con toda esta alma mía,
Quisiera de lo amor su anchura y longitud,
Su altura y su profundidad, su eterna fuerza,
Conocer más y más.

A partir de aquí llegamos A LA PLENA REALIZACIÓN DE LA PLENIITUD DIVINA (19b), para la cual nos ha sido necesaria la preparación y una comprensión creciente. «Para que seáis llenados hasta toda la plenitud de Dios.»

Podemos considerar ahora esta asombrosa concepción sólo en sumario. No es nada menos que una bendición y una *bienaventuranza infinita* que se nos pone delante.

En cuanto a la naturaleza de la misma, lo que se nos ofrece es «la plenitud de Dios», toda la excelencia que es Dios, el total glorioso de lo que Dios es.

En cuanto a la posibilidad de ella, el Espíritu dice: «para que seáis llenados v, ahora, continuamente, para siempre. Toda la plenitud de Dios es en Cristo, y toda la plenitud de Cristo es para nosotros (Colosenses 2:9-10).

En cuanto a la medida de ella, es *eis*, lo cual puede ser traducido por «con», «hasta» o «en». Si es «con», entonces esta plenitud será la *sustancia* con la cual somos llenados; si es «hasta», es el objetivo o meta puesto delante de nosotros, su eterno destino; si es «en», es *el elemento* en el cual somos llenados.

Los dos últimos están sin duda aquí, con toda la riqueza de la verdad que implican.

Y, finalmente, en cuanto a la condición de ella, hemos de pensar de nuevo toda esta oración.

Con el fortalecimiento por el Espíritu, Cristo vendrá a habitar más amplia y ricamente en nuestros corazones, y esta doble bendición resultarán en una aprehensión y conocimiento más pleno del amor de Dios en Cristo, y todo esto tendrá por resultado el ser más completamente «llenados en la plenitud de Dios», como un vaso en el océano, y «hasta» ella, como el fin y corona de todas nuestras esperanzas.

¡Cuán grande es la posibilidad y cuán hermosa es la perspectiva! Con razón la oración, al llegar a este punto puede fundirse en

III. LA ADSCRIPCION DE ALABANZA (vv. 20-21)

Cuando pensamos en lo absolutamente imposible, que es la realización de todo esto, el Espíritu nos ataja diciendo: «Y a Aquél que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros.»

¿Es esto demasiado para que podamos esperararlo, pedirlo o tomarlo? No en tanto que El se halla en la afirmación, Aquél que es en sí mismo el Pleroma de Dios, la Plenitud de Dios. El es el secreto presente, que permanece y que todo lo satisface.

Cruzando, sea praderas o ciudades,
Siguen los ríos fluyendo incesantes,
Torrentes impetuosos o amansados
Formando lagos de bruñida plata.

Todo vive a su vera, y hermosura
Y riquezas esparcen a su paso.
¿Cuál es su origen?, ¿de dónde proceden? ¿
Por qué no cesa nunca su corriente?
Más allá del bosque umbrío, más allá del verde prado
Tienes que mirar arriba, de la montaña en la cima.
En los picachos ariscos, en las crestas elevadas
La nieve pura destila los tesoros escondidos
De este líquido cristal...

Sí, nuestra Causa inagotable y perenne brilla, allá, a lo lejos, y «a El sea la gloria en la Iglesia
y en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos.» Amén.
